LENGUAJE, REALIDAD Y COMUNICACIÓN EN GORGIAS

Por Néstor Luis Cordero *

El siglo V antes de Cristo fue escenario, en Grecia, de una compleja serie de transformaciones que abarcaron todos los ámbitos del quehacer humano. Atenas, que había encabezado los contingentes helénicos que derrotaron al poderoso imperio persa, no tardó en usufructuar la victoria en beneficio propio. La confederación de ciudades que ella encabezó para oponerse a nuevos ataques eventuales del enemigo oriental, pronto se convirtió en un eficaz instrumento de dominación¹. Los "aliados", que, en teoría, poseían los mismos derechos y deberes que Atenas, se transformaron paulatinamente en "vasallos de los amos del mar", como se afirma en un libelo anónimo escrito en aquellos años². Este cambio profundo de la estructura básica de la polis ateniense —convertida ahora en *metrópoli*—, tuvo una consecuencia inmediata en su organización social y, paralelamente, en el ámbito del pensamiento.

El auge económico que experimentó Atenas en su carácter de metrópoli de un verdadero imperio³, permitió a Pericles la institución del *místhós*⁴, jornal que percibía todo ciudadano el día en que participaba en alguno de los organismos básicos de la ciudad (asamblea, consejo, tribunales, etc.). Este incentivo, junto al inevitable aumento de la población debido al alto nivel de vida de que se gozaba en Atenas, originó una participación masiva de los ciudadanos en los asuntos del Estado. Como era de esperar, estos improvisados "políticos" no tardaron en tomar conciencia de su carencia más notoria frente a los

* Miembro de la Carrera del Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

¹ Cf. RUSSELL MERRIS, "The growth of Athenian imperialism", en *Journal of Hellenic Studies*, LXIII, 1943, p. 21.

² PSEUDO-JENOFONTE, *Constitución de los Atenienses*, II, 3.

³ Cf. CLAUDE MOSSÉ, *Histoire d'une démocratie: Athènes*, Ed. du Seuil, París, 1971, p. 58.

⁴ Cf. GUSTAVE GLOTZ, *La Cité Grecque*, Éd. A. Michel, París, reed. 1968, p. 138.

magistrados "profesionales", es decir, a los representantes de la aristocracia tradicional, educados, precisamente, para dirigir el Estado. Esta carencia consistió en su falta de información acerca de los intereses básicos de la polis y en la ausencia de los recursos necesarios para imponer sus puntos de vista, en el caso de que llegasen a tenerlos.

Es así como, a mediados del siglo V antes de Cristo, se hace imperiosa para un gran número de atenienses la necesidad de acceder a un tipo de educación orientada a la praxis política y con el éxito inmediato como objetivo exclusivo. No es necesario señalar que la oferta correspondiente a esta demanda no se hizo esperar: varios son los volúmenes consagrados al papel de "educadores" que cumplieron los sofistas respecto del pueblo ateniense en este convulsionado período de su historia. Así y todo, quizá convenga recordar que la sofística —en el caso de que se pueda englobar bajo este rótulo a pensadores tan heterogéneos como, por ejemplo, Protágoras, Trasímaco o Antífonas del siglo V, y que el relativismo sustentado casi sin excepción por todos los sofistas justificó la violación de la *autarquía* y de la *isonomía* —sagradas hasta entonces— que regulaban la relación de las ciudades griegas entre sí.

Prácticamente todos los ámbitos de la actividad humana cayeron bajo la óptica renovadora de los sofistas, pero no creemos exagerar si afirmamos que hubo una temática que les preocupó a todos por igual y a la cual dedicaron sus esfuerzos más perdurables: el análisis del lenguaje. Su preferencia por este tema es fácilmente explicable: el éxito acompaña a quien domina el arte de expresar su pensamiento y consigue persuadir a los demás sobre la conveniencia de adoptar sus puntos de vista. Quien posee la clave para la acción (es decir, para lo real), no debe preocuparse ya por la verdad (que llega así a asimilarse a lo ilusorio): el éxito es el criterio de que la teoría y la praxis se han armonizado en forma adecuada.

Hasta la aparición de los sofistas, el lenguaje, en Grecia, había sido siempre revelador del ser⁵. La palabra, entendida como *logos*, era el instrumento que desentrañaba el sentido de la realidad, como en Heráclito o Parménides, y la tarea del filósofo consistía en eliminar los nombres "falsos", es decir, aquéllos a los que no correspondía realidad alguna. Con la sofística, en cambio, el lenguaje llega a tener sólo un valor *retórico*. No interesa en absoluto su referencia concreta a lo real, sino que sólo se tiene en cuenta sus leyes internas, su carácter emotivo, su capacidad de provocar el rechazo o la adhesión de determinada expresión, basándose sólo en la forma atractiva o árida de la misma. Hay que aclarar que no siempre, por cierto, la retórica tuvo esta significación en el mundo griego. Según narra Aristóteles,

⁵ "En la Grecia de entonces, el lenguaje es una ontología, tal como lo determina la sintaxis griega... La cópula verbal expresa, al mismo tiempo, una relación de implicación y la existencia. Es éste el equívoco profundo que hace del lenguaje una ontología" (A. Rey, *La science dans l'antiquité*, París, 1933/46, vol. II, p. 163).

sus iniciadores, los sicilianos Corax y Tisias, llamaron "retórica" al procedimiento expositivo consistente en sostener la supremacía de lo verosímil respecto de lo verdadero, y para el mismo Aristóteles, la retórica, relacionada con la dialéctica, será el arte de la argumentación, cuyo objeto es acercarse lo más posible al descubrimiento de la verdad⁶. Todo lo contrario había acontecido en el ámbito de la sofística. Si damos crédito al testimonio de Platón, para Gorgias la retórica era sólo "artesana de persuasión"⁷, orientada a "empequeñecer lo grande y a agrandar lo pequeño"⁸, mientras que Protágoras parece haberse especializado en transformar en más poderoso al argumento más débil⁹ y en sostener que, respecto de todo, se pueden ofrecer explicaciones opuestas¹⁰. Esta posición acerca del conocimiento y del lenguaje encontró su base de sustentación metafísica en el relativismo que caracterizó a la sofística y que en sus exponentes más destacados no tardó en convertirse en un auténtico nihilismo¹¹. Este nihilismo se impuso pronto como la premisa básica del discurso sofístico por la índole especial de las enseñanzas impartidas, fluctuantes como las alternativas de la vida política ateniense en que encontraba su sustento. De ahí la necesidad de sostener dos puntos de vista opuestos sobre cualquier contenido, para poder aducir, llegado el caso, el más *conveniente*, pues al no existir una referencia concreta a lo real, es tan válida una hipótesis como la opuesta.

Es justamente esta independencia de lo real la que confiere agilidad y fluidez al razonamiento: los argumentos se suceden con entera libertad y sólo interesa su poder de convicción. El lenguaje adquiere así una nueva dimensión: es "un poderoso soberano que, con un cuerpo pequeñísimo y absolutamente invisible, lleva a cabo las obras más divinas"¹². Esta omnipotencia del aspecto práctico del lenguaje se construye sobre las ruinas de su pretensión "reveladora". "Nada es cognoscible", afirma Gorgias, y no existe relación alguna entre el lenguaje y la realidad. Se trata de dos universos separados, uno inexistente (lo real) y otro todopoderoso (la palabra).

⁶ ARISTÓTELES, *Retórica*, 1355a25-29.

⁷ PLATÓN, *Gorgias*, 453a.

⁸ PLATÓN, *Featro*, 267a.

⁹ ARISTÓTELES, *Retórica*, 1402a23.

¹⁰ DIÓGENES LAERCIO, IX, 51.

¹¹ Si, como afirma Protágoras, el viento es frío para quien lo siente frío y cálido para quien lo experimenta cálido, debemos reconocer que el viento en sí es (a) tanto cálido como frío (lo cual equivale a sostener que no posee una cualidad distintiva) o (b) ni cálido ni frío. Gorgias, por su parte, en abierta polémica contra la filosofía tradicional (en especial, contra el eleatismo) llegó a sostener que nada existe, y un personaje bastante desconocido llamado Xeníades de Corinto parece haber sostenido que de la nada venimos y a la nada vamos.

¹² GORGIAS, fr. 11 (3). Platón, refiriéndose a la sofística, dirá que el lenguaje es el encargado de "conducir al alma" (*Featro*, 251a), pero esa conducción se ejercerá en el vacío, pues "al no conocer la Verdad, (el sofista sólo será) un cazador de opiniones" (*id.*, 262c).

Fue precisamente Gorgias quien argumentó explícitamente acerca de la heterogeneidad que existe entre el lenguaje y la realidad, ofreciendo con ello un fundamento teórico a la concepción sofística del lenguaje como instrumento puramente persuasivo o emotivo. Pero el análisis de Gorgias incluye elementos que superan el ámbito de esta problemática y que convierten a sus observaciones, como afirmara Dupréel, en "una introducción filosófica a la ciencia del discurso"¹³. Creemos, entonces, que sus aportes merecen un análisis detallado.

Si bien hay estudiosos que hacen gala de hipercriticismo¹⁴, lo cierto es que contamos con un material bastante abundante para aproximarnos a la concepción del lenguaje de Gorgias. Su analítica, contenida en el tratado titulado, polémicamente¹⁵, *Acercas de la Naturaleza o del No-Ser*, ha llegado hasta nosotros gracias a dos resúmenes de gran valor. El más antiguo es el escrito anónimo *De Melisso, Xenophane, Gorgia*, posiblemente obra de algún autor ecléctico del siglo I de nuestra era, con fuerte influencia aristotélica¹⁶. Un siglo y medio después, Sexto Empírico recogió el mismo contenido —aunque con ciertas variantes— en el Libro VII de su trabajo *Adversus mathematicos*. Las dos fuentes son de valor desigual, y desde hace algunos años la crítica erudita otorga mayor crédito al escrito anónimo¹⁷. No obstante, en el punto que nos interesa, es el testimonio de Sexto el que parece reflejar con mayor profundidad el pensamiento del sofista¹⁸, pues el autor evidencia un conocimiento bastante sutil de los matices que entran en juego en el ámbito del lenguaje y, en especial, en lo que atañe a la polémica de Gorgias contra el eleatismo¹⁹.

El objetivo de Gorgias es demostrar la imposibilidad de la comunicación por medio del lenguaje. La función del *logos*²⁰ es la de *mostrar*

¹³ EUGENE DUPRÉEL, *Les sophistes*, Ed. du Griffon, Neuchâtel, 1948, p. 69.

¹⁴ Tal es el caso de C. J. Classen, para quien "nada conocemos acerca de la teoría del lenguaje de Gorgias —en el caso de que la hubiese tenido— ni sabemos cuál fue su punto de vista sobre la formación de las palabras" ("The study of language amongst Socrates' Contemporaries", en *The Proceedings of the African Classical Associations*, nº 2, ag. 1959, p. 37).

¹⁵ Según Dupréel, en la primera parte de su tratado hay "de la parodie et de la suranchère" (*op. cit.*, p. 67), mientras que para W. K. C. Guthrie la obra en su conjunto constituye un "notable tour de force" cuya ironía es evidente (*A history of greek Philosophy*, vol. III, Cambridge 1969, pp. 192 y 199).

¹⁶ Cf. MARIO UNTERSTEINER, *Sofisti*. Testimonianze e frammenti, fasc. II, Florencia, reed. 1967, p. 38, nota.

¹⁷ Cf. J. H. M. M. LOENEN, *Parmenides, Melissus, Gorgias*, Van Gorcum, Assen, 1959, p. 179.

¹⁸ Según Dupréel, si bien la versión anónima es superior, "es más fácil captar el sentido general de la obra en Sexto" (*op. cit.*, p. 64).

¹⁹ Su polémica contra Parménides es evidente no sólo por el título de su tratado (que podría no pertenecerle) sino por su vehemente negación de la asimilación de Ser-Pensar-Decir, básica para el eleatismo.

²⁰ Existe una polémica entre los estudiosos acerca del significado del término "*logos*" en Gorgias. Tanto Untersteiner (*I Sofisti*, Einaudi, Turín, 1949, p. 208, nota) como O. Gigon ("Gorgias 'Ueber das Nichtsein'", en *Hermes*, 71, 1936, p. 210, nota) sostienen que el término equivale a "pensamiento" o "per-

o "indicar", "revelar": *menuein*) las cosas, pero ¿qué son las cosas, para Gorgias? Prácticamente no poseemos testimonios acerca de su concepción de la realidad, excepto el punto de vista absolutamente negativo contenido en la primera parte del tratado que nos ocupa, donde concluye, taxativamente, que "nada existe" (Sexto, *Adv. math.* VII, 76; MXG, 979a12). No obstante, en la sección del trabajo dedicada al lenguaje —así como también en la segunda parte de su escrito, que trata sobre el pensamiento— Gorgias admite, como punto de partida hipotético, la posibilidad de que exista algo exterior al sujeto. Esta realidad se identificaría con lo sensible²¹. Las "cosas" (*onta*, *hypokéimenon*: Sexto, *Adv. math.* VII, 84; *prágmata*: MXG, 980a19), si admitimos su existencia, al menos como hipótesis de trabajo, se traducen exclusivamente en experiencias sensibles: sonidos, colores, etc. Fuera de ellas, nada hay²².

Si la percepción de estos estímulos se produce, es porque el ser humano cuenta con órganos adecuados para recibirlos. En este aspecto, como se ha señalado con insistencia²³, Gorgias es un heredero directo de las doctrinas de la percepción de Empédocles, quien parece haber sido también su maestro de retórica²⁴. Según Empédocles, los objetos exhalan constantemente efluvios²⁵ que penetran en el sujeto percipiente a través de poros correspondientes a la índole de las emanaciones, basándose todo el proceso en uno de los axiomas básicos de la gnoseología presocrática: lo semejante conoce a lo semejante. Gorgias parece retomar este esquema cuando afirma, según el testimonio de Sexto, que "lo visible es perceptible por medio de la vista; lo audible, por medio del oído, y no a la inversa"²⁶. Pero la consecuencia que Gorgias extrae de este principio, que hoy nos parece obvio, lo aleja de su maestro y nos ubica directamente en su crítica del lenguaje: ¿cuál es el órgano que capta las palabras?, se pregunta. No se trata del

cepción". Loenen, en cambio, afirma que *logos* significa simplemente "palabra" (*opt. cit.*, p. 197). Sobre la base de la refutación del "pensamiento" llevada a cabo por Gorgias en la segunda parte de su tratado, nos parece altamente improbable que en esta tercera sección de su obra *logos* pueda aludir al pensamiento. Pero tampoco es admisible que *logos* signifique "percepción", pues Sexto aclara sin lugar a dudas que es la percepción la que da origen a los *logoi* (*Adv. Math.*, VII, 85) y no sería lícito confundir la causa y el efecto. Si tenemos en cuenta que al comienzo de su razonamiento Gorgias se pregunta de qué modo se puede hablar mediante *logoi* (MXG, 980a20) (pues el que habla —*ho legon*— emite *logoi*, no hechos —*prágmata*—), nos vemos llevados a sostener el punto de vista de Loenen y a concebir que *logos*, en este contexto, significa lisa y llanamente "palabra".

²¹ Cf. LOENEN, *op. cit.*, p. 198.

²² En el párrafo 15 de la *Elena* de Gorgias pareciera haber una revisión de este punto de vista, pues allí se dice claramente que "lo que vemos tiene su propia naturaleza, y no la que nosotros queremos".

²³ Cf. LOENEN, *op. cit.*, p. 199; UNTERSTEINER, *I Sof.*, p. 207; DUPRÉEL, *op. cit.*, p. 69.

²⁴ Diógenes Laercio, VIII, 59.

²⁵ Cf. Empédocles, fr. 89.

²⁶ Sexto, *Adv. Math.*, VII, 83.

oído, pues Gorgias no se refiere en esta sección a la palabra en tanto que unidad sonora sino, específicamente, a su contenido semántico. El órgano adecuado para recibir sonidos significativos (o sea, palabras) es —todo parece indicarlo— la mente, el intelecto. Pero ocurre que el intelecto, a diferencia de los órganos correspondientes a las sensaciones, *no es infalible*. Si hubiese una adecuación total y recíproca entre el intelecto y lo real, sólo podría pensarse lo que efectivamente existe, pero —dice Gorgias, según el testimonio de MXG, 980a12— no existen ni la Quimera ni los carruajes que atraviesan el mar, y, sin embargo, podemos pensarlos²⁷. Cuando escuchamos una palabra, ¿qué certeza tenemos de que captamos realmente el verdadero significado que la misma pretende transmitirnos? La clave del razonamiento de Gorgias es la siguiente: a diferencia de lo que ocurre con los sonidos o con las imágenes, que aluden a la realidad, no existe correlato alguno entre la palabra y lo real²⁸.

Como consecuencia de la rotura de este “puente que unía al ser con el *logos*” —según la clásica expresión de W. Nestle²⁹—, no hay *experiencia* posible de las palabras. En tanto las palabras (es decir, los sonidos significativos) no son “efluvios”, no poseen realidad alguna. Vale decir que el lenguaje queda desprovisto del único canon aceptado por Gorgias como criterio de verdad: la experiencia sensible. El *logos* queda reducido al carácter de una mera vibración acústica, y en este caso sí corresponde al oído recibir el estímulo correspondiente y responder si se trata, por ejemplo, de un sonido armónico o disonante. Pero incluso en este caso, esta experiencia es exclusivamente individual, pues “nadie percibe lo mismo que otro”³⁰. Acá, el individualismo de Gorgias se acerca sugestivamente al subjetivismo relativista de Protágoras, para quien cada individuo³¹ es el criterio de lo real y, por consiguiente, “la percepción, como conocimiento, es infalible”³². El precio que el sujeto debe pagar por esta infalibilidad es el aislamiento: incluso aunque se pretenda poseer la clave que permita comunicar a otro lo que se ha percibido, ¿qué nos asegura que el interlocutor ha recibido correctamente el mensaje?³³.

²⁷ Encontramos acá una crítica directa del fr. 3 de Parménides, según el cual “lo mismo es ser y pensar”.

²⁸ “¿Cómo el ente, que no es un *logos*, podría estar contenido en un *logos*?” (W. Broecker, “Gorgias contra Parménides”, en *Hermes*, 1958, p. 437).

²⁹ W. NESTLE, “Die Schrift des Gorgias ‘Ueber die Natur oder über das Nichtseiende’”, en *Hermes*, 57, 1922, p. 557.

³⁰ MXG, 980b15.

³¹ Platón, *Teeteto*, 152a.

³² *Id.*, 152c.

³³ En la versión que nos ofrece el anónimo se dice que, en ese caso, lo uno (la palabra), serían dos (una en el oyente y otra en quien la pronuncia) (MXG, 980b10). Según Broecker, la objeción de Gorgias a la comunicación verbal tiene consistencia real, pues no es posible que algo (la palabra) se encuentre simultáneamente en dos sujetos separados (op. cit., p. 438). Agrega Broecker que el mismo Platón replanteará el problema en el *Parménides*, 13b cuando afirma que, en ese caso, “lo mismo estará separado de sí mismo”.

Pero si las palabras no revelan la realidad de las cosas ¿cuál es su función y cómo se originan? Gorgias ofrece una explicación revolucionaria: “el *logos* proviene de nuestras experiencias externas” (Sexto, *Adv. Math.*, VII, 85). La repetición reiterada de determinada sensación lleva al sujeto a adosarle determinado signo distintivo. Este *signo* de la realidad (pues lo real, recordemos, se reduce a la sensación) es la palabra.

La originalidad de Gorgias consiste entonces en invertir los términos de la concepción corriente en su época acerca del origen de las palabras: no es el *logos* el que permite develar la realidad, sino que es la realidad la que revela (*menuein*) a las palabras. Lo “externo” (*ektós*, Sexto, *Adv. math.*, VII, 85), al afectar al sujeto percipiente, da origen a las palabras, las cuales son entonces meros signos de lo real. En este sentido podríamos afirmar, con Untersteiner, que de una concepción del lenguaje de esta índole derivan los fundamentos de la lingüística moderna³⁴, pero no debemos por ello soslayar la peculiaridad de la formulación de Gorgias: en tanto cada sensación es propia de cada individuo (pues, como vimos, “nadie percibe lo mismo que otro”), la palabra es el signo de una realidad personal, individual e intransferible. El sujeto A, después de percibir reiteradamente el mismo fenómeno, decide colocarle el signo ‘x’, y, desde entonces, ese fenómeno se “denomina” ‘x’ para él. Pero el sujeto B, después de percibir *el mismo fenómeno*, puede colocarle el signo ‘y’. En consecuencia, cuando A y B pretendan dialogar acerca del mismo fenómeno, no se entenderán, pues A lo llamará ‘x’ y B ‘y’. El lenguaje, entonces, no puede ser vehículo de comunicación ni de intercambio de ideas. En efecto: ¿qué comunicación puede establecerse entre los individuos si las sensaciones a las cuales se reduce todo lo real son puramente personales y, por consiguiente, incomunicables? A este respecto, la versión que ofrece MXG, 980b17 sq. del razonamiento de Gorgias es concluyente: “nadie puede mostrar lo mismo a otro, porque las palabras son distintas de las cosas”. A lo sumo podrá establecerse un intercambio de palabras, es decir, de meros sonidos, pero ellos no implicarán contenido alguno. La incomunicación mediante el *logos* es entonces absoluta.

¿Existe, no obstante, algún otro tipo de comunicación, según los postulados gorgianos? Hay autores que son optimistas al respecto. Así, según Loenen, si bien “no es posible comunicar ni cosas ni pensamientos mediante las palabras en cuanto tales, es posible comunicar cosas y pensamientos sobre la base de las percepciones propias de cada interlocutor”³⁵. Dupréel, por su parte, sostiene un punto de vista similar: puede haber comunicación siempre que “los dos interlocutores hayan percibido el sonido o el color de que se habla”³⁶. Vale decir que no se niega la comunicación, pero ésta no tiene como referencia un objeto exterior a los interlocutores. Ambas posiciones, a

³⁴ UNTERSTEINER, *I Sof.*, p. 237.

³⁵ LOENEN, *op. cit.*, p. 200, n. 46.

³⁶ DUPRÉEL, *op. cit.*, p. 63.

nuestro juicio, son el resultado de un esfuerzo ciclópeo por atemperar la virulencia del mensaje de Gorgias. No debemos olvidar que el objetivo de esta tercera sección de su tratado, en las dos versiones que nos han llegado del mismo, es el de demostrar lisa y llanamente la incomunicación: "si algo es cognoscible, ¿de qué modo se lo podrá mostrar a otro?" (MXG, 980a19); "aunque algo llegue a ser representado, no podrá ser comunicado a otros" (Sexto, *Adv.math.*, VII, 83). La negación de la comunicación es absoluta en todos los niveles, y no admite atenuante alguno. Tanto Loenen como Dupréel deben admitir una intersubjetividad en el ámbito de las sensaciones³⁷, pero este supuesto no encuentra cabida dentro del texto de Gorgias. La percepción otorga un sentido al *logos*, sin duda, pero este proceso se lleva a cabo en cada individuo, y, aunque prescindamos del *logos* y nos atengamos sólo al estímulo sensible, el punto de partida es el mismo: nadie percibe lo mismo que otro. ¿Cómo podrá establecerse una comunicación, entonces?

De lo expuesto no debe extraerse como conclusión que el lenguaje queda relegado al ámbito de la ilusión y de la apariencia. Como señalamos al comienzo, el lenguaje, una vez liberado de los incómodos lastres del conocimiento y de la comunicación, adquiere consistencia propia como instrumento de persuasión, de agitación o de apaciguamiento. Su valor es puramente emotivo y, como tal, está orientado a "crear una nueva situación en el ánimo humano"³⁸. En este sentido, Gorgias fue un verdadero maestro en el arte del discurso y a él se le atribuye la invención o por lo menos el perfeccionamiento de una serie de "figuras" retóricas, entre ellas, la *isokollia* (período compuesto de miembros iguales) y la *pariosis* (correspondencia de sonidos en frases semejantes)³⁹, y de recursos tales como "lo oportuno" (*kairós*) y "lo conveniente" (*prepon*). Fue en el ámbito de la retórica donde Gorgias llevó a cabo sus aportes más positivos y hoy sabemos que ejerció una influencia decisiva en las escuelas de oratoria de la época, al punto de que gran parte de la crítica moderna lo considera fundamentalmente un orador⁴⁰. No obstante, debe tenerse en cuenta que el establecimiento de estos elementos positivos sólo pudo ponerse en práctica después de una rigurosa y despiadada eliminación de los escollos que obstruían el camino a recorrer, y nadie puede negar que, en esta ardua tarea, Gorgias ha procedido como un auténtico filósofo.

³⁷ LOENEN: "La comunicación sólo es posible sobre la base de la percepción sensible personal" (*op. cit.*, p. 201); Dupréel: "hablar y ser comprendido... es un acuerdo entre las percepciones" (*op. cit.*, p. 72).

³⁸ UNTERSTEINER, *I Sof.*, p. 143.

³⁹ Diodoro, XIII, 53 (DK. 82A4).

⁴⁰ Cf. CLASSEN, *op. cit.*, p. 38. Cf. también E. Bux, "Gorgias und Parmenides", en *Hermes*, 76, 1941, pp. 404 sq.

EL ARTE COMO LENGUAJE

Por Rosa María Ravera

¿Es el arte un lenguaje? Como en todo espinoso interrogante, una respuesta directa e inequívoca es difícil. La ardua cuestión, que ha provocado una problemática ampliamente debatida y resuelta reiteradas veces con despareja suerte¹, se ha revitalizado en los últimos años en ocasión del activo desarrollo de los estudios semiológicos. Es a partir de la década del 60 cuando el "lenguaje del arte", convertido en el estereotipado sintagma del cual nos habla Dufrenne², da lugar a una profusa literatura que aún hoy no ha logrado —ni quizá querido— eliminar diferencias. Decir que la dificultad del tema reside en la reconocida complejidad de los términos en estudio es afirmar algo trivial, por lo obvio, pero real. Hace pocos años el esteta polaco Władysław Tatarkiewicz se encargaba de puntualizar las múltiples ambigüedades, de orden triple, que acumulan las nociones de arte y lenguaje, unidas por una imprecisa cópula³. Tras los estudios realizados, un renovado intento de clarificación tal vez podrá discernir si el arte, singular fenómeno que parece estar a mitad camino de la acción y el pensamiento, entre el signo verbal y el objeto natural, cuyo centro es alternativamente el individuo y la sociedad, ofrece correlaciones directas con el lenguaje, del que se ha dicho que nunca reside en un término, que ostenta siempre una doble faz, un objeto caracterizado por "antinomias". Es por lo menos seguro que cierta recordable expresión de Benveniste sobre el lenguaje, le conviene al arte excepcionalmente: "Pero en verdad es el lenguaje lo más paradójico que

¹ Cuestión a la que la estética otorgó desde tiempo la merecida importancia. Sin acudir a Vico, se podría encabezar con Croce y Langer una larga lista cuyo interés hoy no ha decaído.

² MIKEL DUFRENNE, "L'art est-il langage?", en *Esthétique et philosophie* (Paris, Klincksieck, 1967).

³ WLADYSLAW TATARKIEWICZ, "L'arte é un linguaggio?", en *Rivista di Estetica*, I, 1969.

hay en el mundo, y pobres de quienes no lo noten" ⁴. Una advertencia que alerta, y al mismo tiempo alienta a replantear el problema.

Probablemente hoy más que nunca la principal dificultad de los planteos reside en el hecho de que el debate sobre el lenguaje, desarrollado en la excepcional trayectoria de la lingüística del presente siglo, está abierto. Pero si queremos saber qué es eso del lenguaje del arte, habrá que recurrir necesariamente a categorías lingüísticas, a fin de decidir sobre su eventual aplicabilidad a la esfera del arte. Tanto se ha hablado de imperialismo lingüístico y semiológico que este procedimiento suele despertar suspicacias —por otra parte no del todo infundadas— de quienes temen reduccionismos. La ciencia, ese pensamiento admirablemente activo y desenvuelto en la manipulación de su objeto, al decir de Merleau Ponty ⁵, más que nunca en este caso deberá respetar un fenómeno que no oculta recónditos misterios pero sí una serie de operaciones específicas. Se ha observado que Saussure comienza donde Croce termina; será cuestión de ver si, más allá de donde se detiene Saussure, la misma lingüística no habrá de recuperar la emergencia de un acontecimiento que ya no es sin duda la espontaneidad expresiva de Croce, pero sí la irrepitibilidad de un evento situado, provisto de reglas y de un funcionamiento que sólo entonces será capaz de probar su real fuerza productiva. La estética en su formulación clásica, lo había pensado con otros términos: una forma formada que absorbe su forma formante ⁶.

Por lo pronto, el modelo semiológico saussureano ofrece una ventaja: es más amplio que el lenguaje, lo incluye ⁷, está pensado para todos los sistemas de signos de la vida social. Cabe preguntar si se adecua al objeto estético. Es posible ensayar la evaluación de ciertas semejanzas y diferencias que surgen reflexionando sobre la teoría del signo, y que ya echan alguna luz sobre el tema. En realidad estaríamos dispuestos a creer que el fenómeno artístico es un signo, si consideramos la conjunción de significante y significado que éste implica. Difícilmente dudáramos que un cuadro, ese objeto estable que pende de la pared "como un fusil de caza o un sombrero", cuya coseidad manifiesta Heidegger recalca ⁸, está en función de otra cosa, siendo un símbolo y, ya casi lo decimos, un signo. Pero con la semejanza se ha perfilado una diferencia ostensible: el "signo artístico" (admitamos provisoriamente que lo sea) es real, efectivo, y en cambio el lingüístico —unión de un concepto y de una imagen acústica ⁹— era

considerado por Saussure como algo "psíquico", o sea virtual, como una clase o entidad abstracta. De ahí se deriva una consecuencia lógica: por ser abstracta, la unidad lingüística es genérica y los signos no difieren unos de otros, mientras que el fenómeno artístico es singular, único. Prescindiendo de implicancias metafísicas, la afirmación aristotélica es válida: lo real es el individuo. Pero a pesar de los distingos apuntados, se puede argüir que la relación del signo lingüístico no parece diferir demasiado de lo que se ha llamado en estética la identidad de contenido y forma, que la fenomenología considera una unión encarnada. Mientras Saussure acude a la imagen de la doble faz de un papel, de la que el pensamiento es el anverso y el sonido el reverso, Benveniste nos habla de consustancialidad, insistiendo Jakobson en saldar ambos términos indisolublemente. Una nueva distinción surge, sin embargo, cuando se observa que la inmotivación o arbitrariedad lingüística postula una significación "extrínseca", opuesta a la del arte, que es motivada y que ha sido concebida como "intrínseca".

No cabe olvidar por lo demás una fundamental diferencia: el hecho de que en mi mente el concepto y la imagen acústica sean idénticos, provoca el eclipse del significante, pues en el proceso de la significación apuntamos directamente a la comprensión del sentido, desbordando aquella cara del signo que se presenta como simple vehículo translúcido; muy otra cosa sucede, en cambio, con el dualismo estético, donde la reciprocidad señalada —real complicidad de los términos— se cumple bajo la ley de lo sensible. La obligada autorreferencia del signo, la insistencia en la exhibición de la forma, consignan una unión inescindible que ya no podrá olvidar el costado material del objeto y que llega a otorgarle un espesor o densidad muy diversamente interpretables ¹⁰. La forma estética se significa a sí misma: he aquí una fórmula, plena de ambigüedad, a la que pocos teóricos de la estética renuncian.

A medida que se insiste en las correlaciones, van apareciendo otras analogías. El signo lingüístico no sólo es unión de sonido y de sentido —resultado de una delimitación simultánea en esferas amorfas y heterogéneas— sino que es también vinculación de los signos entre sí; Saussure subordina la significación —la lengua entendida como sistema de articulaciones— al valor, que considera a la lengua como sistema diferencial ¹¹, y ello porque el signo, además de ser un "artículo",

⁴ EMILE BENVENISTE, *Problemas de lingüística general* (México, Siglo Veintiuno, 1971), p. 22.

⁵ MAURICE MERLEAU PONTY, *L'oeil et l'esprit* (París, Gallimard, 1964).

⁶ LUIGI PAREYSON, *Estética. Teoría della formatività* (Bologna, Zanichelli, 1960).

⁷ La historia de las relaciones entre la lingüística y la semiología está ya preanunciada en esta inclusión, que no impide seguidamente privilegiar a la lengua sobre los restantes sistemas. Cfr. FERDINAND DE SAUSSURE, *Curso de lingüística general* (Buenos Aires, Losada, 1967).

⁸ MARTIN HEIDEGGER, *Arte y poesía* (México-Buenos Aires, F.C.E., 1958), p. 33.

⁹ SAUSSURE, op. cit., p. 128.

¹⁰ Definir ese espesor equivale a definir una filosofía; para la fenomenología (Dufrenne, Merleau Ponty) es la penetración de la Naturaleza, del ser, en el arte. En recientes teorizaciones, es el mecanismo del inconsciente lo que altera la transparencia del signo. Cfr. la postura de Lyotard, que proponiendo de la fenomenología rebasa ese enfoque para acceder a planteos semiológicos. JEAN FRANCOIS LYOTARD, *Discours, figure* (París, Klincksieck, 1971).

¹¹ De amplias consecuencias, esta subordinación es uno de los más trascendentes aspectos de la lingüística saussureana. Cfr. CL. HAROUCHE, P. HENRY, M. LÉVY-Strauss, en "La sémantique, et la coupure saussurienne: langue, langage, discours", *Langages*, n° 24, 1971.

es un término, la parte de un todo, de manera que la simple descripción de una unidad requiere la consideración de la totalidad de relaciones, asociativas y sintagmáticas, en las que la lengua se funda¹². Es así que un signo se constituye simplemente por sus diferencias con los demás; más todavía, es lo que los otros no son. La lengua no es sustancia sino forma¹³. Considerar a la lengua como sistema de esencial interdependencia, según la acepción más amplia de la noción de valor, conduce a renovados paralelismos. Los diversos ámbitos artísticos, en efecto, se configuran sobre la base de correspondencias y oposiciones que construyen un orden propio, una arquitectura cuya razón de ser es la cohesión interna, en cuyo espacio de juego les es esencial a las palabras atraerse y diferenciarse, y a las líneas, colores y ritmos perseguir el propio designio más allá de inevitables "sugerencias". Quizá sea ése el sentido de la expresión de Bracque: "Yo no creo en las cosas, sino en las relaciones entre las cosas"¹⁴. Todo se piensa y percibe estructuralmente, en esferas que se definen por un sistema interno de relaciones, y que parecen haber resueltamente eliminado, como condición de autonomía, una instancia sospechosa y no pertinente en apariencia, la referencia a la realidad. Sin embargo —y esto no es menos cierto para el arte que para el lenguaje— llega el momento en que el sentido, dispersado en lo que se combina y asocia de modo immanente en el demorado juego de las correspondencias, proyectándose de una buena vez hacia fuera, se catapulta hacia lo real. Acepta Merleau Ponty que ese movimiento de estructuración interna sea la vida misma del lenguaje, pero al mismo tiempo hace notar cómo, inevitablemente, cuando el lenguaje se ha llenado de signos y no hay nada que no sea diferencia, el enorme oleaje de signos desborda mientras en un vértigo espeso el sentido emerge, en el borde del discurso, designando las cosas¹⁵.

Ahora bien, podría seguirse con este vaivén de cuestiones que si bien no resuelve definitivamente el problema, aclara sucesivas relaciones, pero hay una pregunta estratégica que desde ya conviene formular cuanto antes porque parece cortar la oscilación de las reflexiones: es la que indaga si el arte responde o remite a la doble articulación de fonemas y monemas que, según Martinet, define al lenguaje verbal¹⁶. El obligado interrogante ha inspirado, a partir de la década

¹² Las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas se aplican diferentemente en las diversas artes, sea en la discontinuidad verbal y musical o en el continuo de la imagen, pero la pertenencia preferencial al tiempo y al espacio (todos los sistemas participan de ambas categorías, aunque en muy desigual proporción) no sería condición definitiva del sistema significante.

¹³ SAUSSURE, op. cit.

¹⁴ En ROMAN JAKOBSON, *Essais de linguistique générale* (Paris, De Minuit, 1963).

¹⁵ MERLEAU PONTY, *Signos* (Barcelona, Seix Barral, 1964), p. 95.

¹⁶ Como es lógico, esta investigación cobra interés aplicada a las artes no verbales, dado que las artes del lenguaje ya están centradas en ámbito lingüístico, pero es sabido que éste es únicamente la base, una plataforma desde la cual el espacio poético habrá de construirse.

del 60, la mayor parte de las búsquedas, que por lo general llegaron a conclusiones negativas. Desde enfoques heterogéneos, semiológicos, filosóficos y sociológicos bastaría citar investigaciones como las de Eco, Metz, Dufrenne y Francastel¹⁷, que con intereses teóricos inclusive divergentes, coinciden sin embargo en negar, analizando diversas artes, la doble articulación señalada. Especialmente en semiología, los estudios se orientan hacia la delimitación de unidades mínimas y la caracterización de articulaciones pertinentes no coincidentes con las del lenguaje, o sea hacia una pluralidad códica, revelándose este último intento mucho más válido que el primero.

Dejando por el momento de lado este aspecto de las búsquedas, que es de por sí concluyente, importa ahora saber si la ausencia de la doble articulación anula para el arte el interés del modelo saussureano. En realidad, no sería posible evaluar su adecuabilidad sin insistir en una noción central a través de la cual cobra sentido la totalidad de las oposiciones que caracterizan la axiomática del lingüista¹⁸. Nos referimos a la noción de lo arbitrario. Al respecto, Di Mauro¹⁹ subraya que no se trata simplemente de la inmotivación del significante en relación al significado, como lo haría pensar la letra del *Curso*, sino de una arbitrariedad que, afectando por igual a ambos componentes del signo, no permite considerar, desde el punto de vista lingüístico²⁰, una realidad preexistente y estable ni una idea coincidente con ésta a la que el significante siempre podría adecuarse convencionalmente. Es sabido que los antiguos ya trataron el problema de las relaciones entre las palabras y las cosas, siendo Aristóteles partidario de una teoría convencionalista. El mismo Benveniste había entendido lo arbitrario en el contexto de aquella problemática, reducida a la opción planteada por la alternativa entre convención y naturaleza (theseí o phuseí?). La noción saussureana en cambio parecería retener una mayor originalidad en el sentido apuntado, de una organización convencional del significado no menos que del significante, que es lo que permite precisamente la libre delimitación simultánea en la masa amorfa del sonido y el sentido. Si este fundamental prin-

¹⁷ Cfr. especialmente UMBERTO ECO, *La struttura assente* (Milano, Bompiani, 1968) y *Trattato di semiótica generale* (Milano, Bompiani, 1975); CHRISTIAN METZ, *Ensayos sobre la significación en el cine* (Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1972); DUFRENNE, op. cit.; PIERRE FRANCASTEL, *La réalité figurative* (Paris, Gonthier, 1965).

¹⁸ Saussure aspiraba a construir un sistema de geometría, del que el principio de lo arbitrario, junto al de la linealidad, constituyen los axiomas principales, mientras que las dicotomías de *langue*, *parole*, significante y significado, sincronía y diacronía, etc., son teoremas derivados. Cfr. en la línea de la exégesis filológica e interpretativa de Godel y De Mauro, RENÉ AMACKER, *La linguistique saussurienne* (Genève, Droz, 1975).

¹⁹ TULLIO DE MAURO, *Senso e significato. Studi di semantica teorica e storica* (Bari, Adriatica, 1971).

²⁰ La reserva, que limita la afirmación a un nivel de análisis científico y por lo mismo parcial, impide incursionar en cuestiones estrictamente filológicas.

cipio significa en última instancia que la garantía del signo no está en la cosa ni en la idea que de ésta se tiene, habrá que admitir que, por lo menos desde cierto ángulo, el arte mucho se aventaja con este concepto, si bien no rija en su ámbito con toda la radicalidad de origen. A pesar de que entre el contenido y la forma estética hay una dependencia que el signo lingüístico desconoce, la capacidad —ya en germen productiva— de enlazar espontáneamente un término material e inteligible es un acto que reconocemos propio del arte. ¿Acaso el concepto antinomencaturista que inspiraba a Saussure en este delicado punto de su lingüística no presenta un paralelismo evidente con la concepción antimimética que prevalece en la teoría y la práctica contemporánea de las artes? Tal principio no impide la motivación, ni una vinculación con la realidad inclusive directa. Brevemente: el retrato de la madre de Cézanne mucho tiene que ver —creemos— con el personaje real, pero por poco que se la examine, se deberá conceder que la imagen (cuyas relaciones con la realidad quedan por definir) no está supeditada al modelo ni a una mera idea del mismo, entendida como definición identificadora del objeto. Es demasiado lo que la imagen ha ido agregando y quitando, en un proceso cuya exasperante lentitud ya logra insinuar la complejidad de los mecanismos que sordamente se movilizan descalabrando un sistema de representación que ha perdurado siglos. Pero entonces, si la semejanza obtiene reconocimiento, o dicho de otra manera, si el continuo de la imagen no debe necesariamente reducirse a discontinuidad para ser semiológicamente aceptable, ¿cuál es la noción de lo arbitrario que en esencia le corresponde a lo artístico?

Algo queda por agregar sobre un principio que, según se ha observado, está en el origen de todas las relaciones. Es en efecto el fundamento del carácter oposicional del signo: porque no tienen que ver con lo real, es por lo que los signos se las arreglan consigo mismos. La arbitrariedad instituye la red diferencial de la lengua, ese juego interno de relaciones en el que arte asimismo se complace. Pero el signo no es sólo valor, es institución y valor, y se debe ahora destacar ese primer término no mencionado hasta el momento.

El enlace de la materia fónica y del sentido puede ser independiente de la realidad por la simple razón de que posee otro fundamento, que no es sino el consenso. Depende únicamente de éste, no recibiendo garantía de la realidad; de ahí deriva su fuerza y a la vez su debilidad, la resistencia al cambio y la razón del mismo, de ahí —es lo que interesa subrayar— su profunda raíz social e histórica. Las críticas que desde varios ángulos se dirigen al pensamiento saussureano —a la naturaleza contractual del sistema, al aparato positivista que le subyace, a sus implicancias metafísicas o a un posible logocentrismo— no hacen perder de vista la real significación histórica de su fundamento social. Se trata de una noción de historicidad, como ha sido notado, no reductible a diacronía y sucesión, términos que más bien implica: es histórico lo que por depender de la sociedad no es necesario sino contingente, o sea no es a priori sino a posteriori, concepto por demás oportuno en un enfoque que pretenda subrayar la esencial mutabilidad

de las artes. Dado que no existe el arte sino artes en plural, y tampoco, en cada dominio específico, una definición que las instaure como una actividad permanente que a través de los cambios fuese siempre idéntica. No existiría en tal sentido la pintura, por ejemplo, sino modalidades expresivas variables a través de las épocas, cuya "pictorialidad" —no un apriori sino una dominancia— exhibe tal diversidad de soluciones y funciones que torna ilusoria una caracterización única. En una palabra, lo que interesa es confirmar el carácter histórico y relativo, convencional, de una actividad formativa que ostenta el signo indeleble de lo institucional y codificado. Si el arte es invención, la creatividad es el resultado del ajuste —o desajuste, más bien— con una convención precedente que ha de intentar perennemente limitar brotes indómitos de originalidad; de igual modo, admitiendo la motivación, la semejanza y la iconicidad, se tratará ineludiblemente de experiencias codificables, socialmente marcadas²¹.

A pesar de las reflexiones que anteceden, no es de ninguna manera todavía seguro que la viabilidad de un enfoque lingüístico —o más bien semiológico— esté confirmada en un contexto estructuralista. No pocas dudas persisten, varias de ellas resumibles en dos cuestiones. En primer término se tratará de indagar sobre las posibilidades productivas del modelo de la lengua. ¿Puede asegurar la lengua, principio de clasificación, virtualidades dinámicas? Así lo consideran algunos intérpretes²², pero como ya veremos, será sólo a una precisa condición: la de perder su unidad, deshomogeneizando el juego de ajedrez de las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas, al parecer renovables permanentemente, pero en sustancia siempre idéntico. Apuntemos ahora

²¹ Cfr. Eco, op. cit. y ERNST GOMBRICH, *Arte e illusione* (Torino, Einaudi, 1965).

²² Señala De Mauro: "ya Saussure insistía en un concepto: que un signo pueda existir es lingüísticamente más importante que el hecho de que efectivamente exista. Es decir, la lengua se le aparecía no como un conjunto estático de signos, sino como un dispositivo capaz de producir un número infinito de signos. Solo recientemente, se ha retomado este punto de vista... la frase no pertenece a la *parole*, sino a la *langue*." Op. cit., p. 91. Ahora, si la lingüística de la lengua puede dar cuenta de la sintaxis, habrá que preguntar cuáles son sus alcances en relación a la semántica, que es la segunda cuestión que proponemos. Al respecto, Di Mauro afirma que Saussure había distinguido muy bien entre significación y significado, entre fonación y significante, o sea entre el habla y la lengua, y gracias a este distingo que no permite identificar lo que es irrevocablemente diverso, entonces y solo entonces el estudio sincrónico no es incompatible con la diacronía, ni la concepción del sistema cierra a la lingüística 'en un círculo'. Op. cit. y A. PAGLIARO, T. DE MAURO, *La forma lingüística* (Milano, Rizzoli, 1973). Cfr. también el punto de vista de H. Parret, quien al focalizar a la lengua saussureana como sistema de articulaciones, entiende que se trata de una 'puesta en forma' pregenerativa, opuesta a la objetización de la forma de Hjelmslev, paralela a la concepción husserliana. HERMAN PARRET, "Expression et articulation. Une confrontation des points de vue husserlien et saussurien concernant la langue et le discours", *Revue philosophique de Louvain*, Février, 1973.

la segunda cuestión, estrechamente vinculada a la anterior: el problema semántico. En sus estudios sobre el objeto figurativo, Francastel advierte que en la imagen el contenido y la forma no se recubren, claro indicio de que el proceso de la significación desborda todo intento de homogeneización simplificadora. En lingüística, bien se puede hablar de una complejización creciente de la problemática semántica. Ya la lingüística generativa quiebra una hipótesis básica de la lingüística estructural, la que establecía correspondencia y paralelismo entre el sonido y el sentido. Pero a su vez la competencia chomskyana, que es centralmente sintáctica y que involucra el aspecto semántico únicamente en calidad de componente interpretativo²³, afronta graves dificultades no ya para la producción de infinitas frases, pero sí para su adecuación a situaciones siempre nuevas, llegándose a postular la necesidad, desde múltiples perspectivas, de la integración de un contexto extralingüístico²⁴.

Tales cuestiones, que corresponde a la lingüística resolver por su cuenta, presentan similitudes muy reales con los interrogantes suscitados por la complejidad del sentido estético, que no requiere un modelo menos problemático. Eludiendo una postura de neto formalismo, cabe pensar que los aspectos sociohistóricos de la producción artística no pueden ni deben desligarse de las cualidades formales del producto, ya sean oposicionales o variadamente estilísticas. Pensemos en un ejemplo. Analizando la obra de Giotto, Francastel²⁵ plantea la diferencia de estilo entre el ciclo de Asís y de Padua, diferencia que envuelve las relaciones del artista con el medio. En Asís, Giotto elabora una retórica de la imagen cuya finalidad es persuadir a los fieles con la evidencia de lo que es todavía un extraordinario fragmento de realidad, ya convertido en leyenda: la vida de San Francisco. La imagen actúa en un plano combinatorio que al tener en cuenta experiencias visuales contemporáneas junto a tradiciones orales y escritas, está a punto de crear un modelo —en cuya ortodoxia doctrinal están interesados los clérigos— que si bien extrae los elementos de la tradición, no se apoya en significaciones habituales. El hecho de que en Padua el artista recurra a un sistema diferente no implica ni un retroceso ni un avance estilístico, sino una adaptación de la forma a otros fines, por lo pronto al nuevo tema, la vida de Cristo, a la necesidad de remitirse no tanto a datos de la existencia contemporánea sino a signos reconocibles que funcionen de modo informativo, y a otras instancias entre las cuales cabe notar la intención del donador, el Scrovegno, hijo del usurero famoso que Dante arroja a su Infierno y que con la donación pretende salvar el alma y los bienes. La modernidad de Giotto, según Francastel, se vincula a la pintura de un mundo de accio-

²³ NOAM CHOMSKY, *Aspectos de la teoría de la sintaxis* (Madrid, Aguilar, 1970).

²⁴ PAOLO RAMAT, *Perspectives sémiotiques des nouvelles tendances en linguistique*, Primer Congreso Internacional de Semiótica, Milán, 1974.

²⁵ FRANCASTEL, *La figure et le lieu* (París, Gallimard, 1967).

nes personales, de intereses y compromisos. Lo que más allá de la temática expresa está detrás de la imagen, intenciones frecuentemente no santas, espurias, a veces sórdidas y siempre interesadas, determina, en parte²⁶, la elección de los mecanismos figurativos y los principios de integración de los elementos. La fuerza de la representación de Giotto no designa la potencia de lo sagrado sino la violencia de lo humano, que por primera vez desde siglos es restituida al arte, así como reintroduce el gesto, que materializa ya un mundo concreto.

Entonces, todo intento de adecuación de modelo deberá responder a las condiciones apuntadas, capacidad productiva y semántica con la integración de datos intra y extratextuales. Planteado el problema en tales términos, en la lingüística postsaussureana es Jakobson quien ha sido reconocido como un anticipador, por su teoría de las funciones lingüísticas que ya constituyen un enfoque pragmático del lenguaje, concepción coherente, por otra parte, con la decisión del lingüista de considerar a la poesía como un hecho social²⁷. Pero si bien la relación de lo lingüístico y el contexto resultaría garantizada, la potencia productiva del lenguaje, su vida misma, hacen centro en la función poética, que al acentuar el mensaje por sí mismo, "proyecta el principio de equivalencia del eje de la selección al de la combinación". Es esta función la que dinamiza el lenguaje y lo mueve rítmicamente como las corrientes marinas encrespan las olas desde lo profundo del océano. Y el océano es la lengua, funcionando con los ejes de la metáfora y la metonimia —asociativo y sintagmático en Saussure— y con las oposiciones fonológicas que provocan la pulsión del lenguaje poético, su transformación y desplazamiento que arrastra a dúo las correspondencias del sonido y del sentido.

Como es sabido, van en muy otra dirección las investigaciones de la glosemática, que formalizan la estructura lingüística llevando a su mayor coherencia la noción saussureana de valor²⁸. La heterogeneidad del signo, con su germen de productividad, queda barrida por el isomorfismo que Hjelmslev introduce entre el plano de la expresión y del contenido, en un sistema "biplanar" que acentúa las relaciones espacializantes ya advertibles en Saussure. La distinción de forma, materia y sustancia, aplicable a ambos planos, reserva la pertinencia lingüística a la forma, una red de relaciones que al echar su sombra sobre la materia posibilita la manifestación de la sustancia, permaneciendo ajena a la configuración resultante.

²⁶ Existe el problema de calibrar con justeza la integración de los datos. Una concepción que toma en cuenta la intencionalidad de los sujetos no instrumentaliza la producción artística, en la medida en que tales intenciones y motivaciones son consideradas no ya factores extrínsecos sino intrínsecos al objeto artístico, exigibles para la comprensión del sentido. Desde una perspectiva semiológica, la consideración de esos datos señala el intento de compatibilizar una semiología de la producción de sentido con una semiología de la comunicación.

²⁷ Cfr. JAKOBSON, op. cit. y *Questiones de poétique* (París, Seuil, 1973).

²⁸ LOUIS HJELMSLEV, *Prolegómenos de una teoría del lenguaje* (Madrid, Gedos, 1971).

Convertida en una relación de relaciones, la dualidad del signo ahora pertenece a una estructura esencializada y homogénea —a pesar de la distinción entre denotación y connotación— sin relieve histórico y desprovista de resortes productivos. El riguroso acto teórico que decide tal nivel de formalización y abstracción no es sin fértiles resultados: permitirá hablar de lenguajes en plural y propicia la constitución de las semióticas connotativas o artísticas. La proyección que ha logrado el uso de las categorías fundamentales de esta teoría confirma su operatividad, pero su eficacia es tanto más real en la medida en que las relaciones formales no prescinden de la materia —de la expresión y del contenido—, reconociéndose por lo pronto la decisiva intervención que en las relaciones combinatorias le toca a la sustancia significante.

En abierta oposición a los planteos estructuralistas —fundamentalmente norteamericanos— es la lingüística chomskyana la que hará vislumbrar la productividad del lenguaje, al introducir, con proyecciones en apariencia decisivas para el campo del arte, la noción de creatividad como específica del lenguaje humano²⁹. Pero una utilización no sólo metafórica del modelo chomskyano habrá de reparar en las dificultades que presenta la teoría, de carácter hipotético deductivo, en la que la competencia —un sistema de procesos generativos— es un mecanismo automático concebido de acuerdo a modelos matemáticos, significando “generar” explicitar por medio de reglas. Se ha observado también qué problemática resulta para el arte la noción de gramaticalidad, de fundamental utilización lingüística. No se ve claro cuál pueda ser la aplicabilidad de un modelo tan altamente formalizado, que no reconoce el carácter social de la lengua —la competencia es individual, de raíz biológica— basado en estructuras innatas, y que no ha logrado aún resolver candentes problemas semánticos estrechados en una gramática centralmente sintáctica, pensada como un sistema autónomo³⁰. El arte es sin duda una competencia, pero una competencia compuesta, socialmente fundada.

Al parecer, las instancias siempre nuevas que el discurso propone no habrán de encontrar solución en la comunidad ideal del transformacionalismo sino en una comunidad real y heterogénea que al interaccionar lo lingüístico y lo extralingüístico fusione instancias sintácticas, semánticas y pragmáticas. Recientemente, orientaciones de diversa proveniencia se entroncan con la problemática de la enunciación, al acceder al plano efectivo del lenguaje, pero cabe recordar que ha sido Benveniste uno de los primeros en avanzar un planteo hasta entonces vedado a la lingüística estructuralista³¹. Es en el lenguaje en acto donde la lengua se configura, integrándose en dimensión semántica la red oposicional de los signos. Dos nociones, forma y sen-

tido —o también lo semiótico y lo semántico, según la terminología de Benveniste—, resultado de operaciones disociativas y ascendentes, consignan dos universos diferentes, dos lingüísticas, la de la lengua y del discurso. Si bien conjuntas e inseparables, la prioridad de una de ellas no ofrece dudas: *Nihil est in lingua quod non prius fuerit in oratione*. En la frase, unidad del discurso portadora de sentido y de referencia, los “indicadores”, pronombres personales, adverbios, demostrativos, al remitir al acto de enunciación que los contiene, señalan referencias tanto subjetivas como objetivas. Es la primera persona, “yo”, un signo vacío que se torna pleno como locutor de una instancia de discurso caracterizada por su unicidad y autorreferencia, mientras la tercera persona —en realidad una no-persona— remitiría a situaciones objetivas. Las proyecciones sobre lo estético de este esencial viraje de los estudios son considerables: se ha recuperado la irrepetibilidad de un evento, su carácter autorreferencial, y ha sido redimensionada una de las principales diferencias entre el arte y la lengua (la abstracción lingüística frente a la concreción del objeto artístico) en la medida en que la lengua se complementa e implementa con el lenguaje en acto, el discurso, estudiado ahora en sus leyes propias. El camino está señalado: explicitar lo que reside implícito en el acto de enunciación, avanzar en la consideración del sujeto y ampliar en abanico lo que potencialmente contiene la referencialidad objetiva del discurso, desarrollando su sentido histórico. Al recordar a Giotto, retenemos una afirmación que proviene del ámbito de la lingüística: *“el lazo que vincula las ‘significaciones’ de un texto a las condiciones socio-históricas de ese texto no es ciertamente secundario, sino constitutivo de las significaciones mismas”*³². El sentido de la obra giottesca requiere poner en juego, junto a estructuras narrativas, teatrales, gestuales, y rítmicas, discursos políticos, religiosos, psicológicos, etc. Se afianza la convicción de que lo semántico es una estructura “negociada”, resultado de la interacción de instancias fundamentalmente heterogéneas. La lengua no es ya el código, si bien está presente, sin duda alguna, y en tantos casos ejerciendo un intolerable dominio, pero ahora —por lo menos en principio— como un código entre otros, en una heterogeneidad sistemática³³.

²⁹ HARGOCHÉ, HENRY, PECHEUX, op. cit., p. 98.

³⁰ Se piensa en la heterogeneidad de los sistemas que confluyen en la configuración estética, y también en la disparidad de los mecanismos que ponen en acción. Esta complejidad impide atribuir a un único procedimiento, por más general que sea, la especificación artística. En tal sentido, y en relación a los ejes del lenguaje, la proyección de las relaciones de equivalencia del eje paradigmático al sintagmático no basta para explicar el fenómeno del arte. Lo señala Ruwet, quien reconociendo la importancia del modelo jakobiano, precisa que la operación citada no es condición necesaria ni suficiente para la especificación poética. NICOLAS RUWET, *Langage, musique poésie* (Paris, Seuil, 1972). Cfr. asimismo las observaciones de Ricoeur, en PAUL RICOEUR, *La métaphore vive* (Paris, Seuil, 1974), importante obra en la que el autor sitúa su concepción de lo poético, de alcance ontológico, en confrontación directa con múltiples desarrollos teóricos, no sólo lingüísticos.

²⁹ CHOMSKY, *Lingüística cartesiana* (Madrid, Gredos, 1969). Cfr. además NICOLAS RUWET, *Introduction à la grammaire générative* (Paris, Plon, 1967).

³⁰ Cfr. JOHN SEARLE, *La revolución de Chomsky en lingüística* (Barcelona, Anagrama, 1973).

³¹ BENVENISTE, op. cit.

Sólo a partir de este pluralismo será efectivo pensar en un reordenamiento, ver cuáles fuerzas predominan, discernir los protagonistas de una acción conjunta que es una lucha pero también una alianza³⁴. Un concepto que considere la integración de códigos como una constelación variable, de básica mutabilidad, es el más apto, nos parece, para explicar la historicidad de lo artístico. Es este dinamismo el que decide, ya se lo ve, la productividad del sistema, a través de una escena en la que la instancia creativa —momento fundante— absorbe e integra el momento —derivado— de la comunicación y del intercambio. El arte, que dista mucho de ser simple vehículo de comunicación, neutraliza la limpidez (por otra parte relativa) de la significación lingüística, pero no anula las proyecciones del sentido, aunque se trate de un sentido atrapado por la forma³⁵. La autorreferencia del signo artístico no elimina entonces la dimensión referencial, como bien lo admite la teoría de las funciones de Jakobson, quien había afirmado, con la jerarquía y la dominancia de una de éstas —en este caso de la poética— la coexistencia de las otras. La justa preeminencia del significante es compatible con la referencia no sólo al sujeto sino a la realidad, al mundo, a ese “estado de cosas” del que sería inútil desentenderse, referencias que al instaurarse de modo esencialmente ambiguo, desatan un sentido esquivo inseparable de la materia, que sólo designa “como si”, en la persecución de otra lógica: “*Això era y no era*”³⁶.

A través de lo anotado precedentemente, arte y lenguaje convergen en una problemática que sitúa la producción de sentido en el ámbito del discurso. El dinamismo de la interacción códica, sustancialmente heterogéneo y variable, y la dialéctica de la lengua y el habla, más estable y homogénea, explican la común raíz de creatividad que justifica hablar de “sistemas de signos”, de “formas simbólicas” y de “lenguajes” en plural, si bien el sentido restrictivo del término corresponde a los lenguajes naturales.

³⁴ Cfr. lo semiótico y lo simbólico en JULIA KRISTEVA, *La révolution du langage poétique* (Paris, Seuil, 1974), y lo figural y lingüístico en LYOTARD, op. cit., con fuerte incidencia de Nietzsche.

³⁵ No está demás precisar que, si de signo todavía se trata, este *aliquid pro aliquo* —relación instituida sobre la base de reglas— ya dejó atrás la lógica saussureana, y tendrá que caracterizar su inscripción específica en cada uno de los espacios artísticos. A pesar de la crítica de Derrida, aquí retenemos la dualidad del signo, que nos resulta la garantía de una operatividad histórica y socialmente fundada. Un sentido amplificado a través de una activa heterogeneidad reglada que lo diversifica y desplaza (pero no lo aniquila), parece un término ineludible del que no se podría prescindir, como había señalado en lingüística Benveniste. No es la esencia plena que supone la fenomenología, aunque es algo más que la instancia eternamente trasladada en una infinita semiosis y finalmente pulverizada bajo la hegemonía del significante. Desarticulado del sentido, el significante produce en el vacío un sentido “otro” que investiga el enfoque freudiano, pero no se ha demostrado que sea ésa la única significación del arte, si bien se trata sin duda de uno de los componentes fundamentales de la estructura artística.

³⁶ Citado por Jakobson y retomado en RICOEUR, op. cit.

Ahora bien, el arte no es sólo un discurso ni únicamente un texto, como discurso autónomo y cerrado: la expresión artística prolonga y lleva a su más alto grado la capacidad creativa del lenguaje con la producción de esos conjuntos materiales a los que la estética llama tradicionalmente obras de arte. Este aspecto material y sensible, notémoslo todavía, no puede negligirse; la integración de los mecanismos que actúan en la obra implica un pacto pero también un producto, resultado de una praxis no lingüística, como lo subraya Dufrenne. Ningún intento de formalización podrá hacer olvidar que el arte se especifica no sólo por las operaciones de los sistemas componentes que intervienen en su estructura mixta, sino por la materia significante a la que esos mecanismos se aplican y a cuyas condiciones se pliegan. A partir de ahí, todo queda por investigar en las diferentes producciones artísticas, cuyo funcionamiento habrá de pulsar las constricciones del significante. La operatividad del arte, dependiendo mucho menos que el lenguaje de la naturaleza y de la lógica, supeditada en mayor grado a la cultura, al artificio y a los individuos —no únicamente creadores—, ofrece una economía versátil y variable, cualitativa, cuyo resultado son obras consideradas ejemplares. Objetos ambiguos, aparentemente frágiles pero de inusitada resistencia, cuyo rostro visible es una cara de la moneda; objetos que por definición se desdoblán y delatan, en la dimensión secreta, un funcionamiento pertinaz e incansable, silenciosamente activo, un trabajo que si bien los constituye no posee otra existencia que la de la forma, único testimonio.

LA AMBIGÜEDAD DE LOS INDICADORES

Por Gerold Stahl

Los términos del lenguaje común como "yo", "usted", "él", "este hombre", "esa casa", "ahora", "aquí", etcétera, se denominan "indicadores". Nosotros los consideraremos abreviaturas de expresiones individuales o descripciones, al estilo de "Juan Green", "el hombre que se situó en *t* sobre el lugar *q*", "el instante en que Green dejó el submarino", etcétera. La dificultad de los indicadores radica en su ambigüedad. Si hay un enunciado con indicadores podría resultar imposible, al menos sin información ulterior, determinar las expresiones individuales o descripciones que son abreviadas por ellos (lo mismo acaece frecuentemente con otros tipos de expresiones ambiguas del lenguaje corriente).

Si el vulgo traduce una oración con indicadores de un lenguaje histórico a otro, lo encontrará en general algo muy sencillo; porque se limitará a poner los indicadores de un lenguaje en el lugar de los correspondientes indicadores del otro, o empleará procedimientos ligeramente más complicados (p. ej., formas verbales) que representan la misma técnica de traducción. Estos procedimientos no prosperarán en las traducciones de lenguajes históricos a lenguajes simbólicos, suponiendo que en los últimos no existen símbolos individuales correspondientes a "yo", etc., ni predicados correspondientes a "siendo yo", etcétera. Así, si queremos emprender dicha traducción debemos eliminar primero la ambigüedad y para ello necesitamos una información ulterior (lo mismo sucede si deseamos traducir enunciados con expresiones ambiguas de un lenguaje histórico a uno simbólico).

A continuación, se mostrarán tres tipos de ambigüedades, junto a la clase de información requerida para eliminarlas. Esto no significa que los tipos de ambigüedades a tratar acá sean los únicos que podrían afectar a los indicadores.

Veamos en primer término lo que llamaremos "ambigüedad pragmática". Si tenemos enunciados como "yo nunca ingiero alimentos marinos" o "usted es una mujer feliz", precisamos una información

pragmática sobre quién es el hablante o a quién éste se dirige. Únicamente después de haber obtenido esa información podremos eliminar las abreviaciones y escribir "Juan Green nunca ingiere alimentos marinos", y "Julia Blue es una mujer feliz". Si tenemos un enunciado suelto como "Este hombre tiene una cara fastidiosa" (un enunciado en que el "este" no se relaciona con una descripción o expresión individual previamente empleada) necesitamos información pragmática que nos diga a quién mira el hablante o en quién se halla él pensando. Los ejemplos dados resultan suficientes para mostrar que, a fin de eliminar la ambigüedad pragmática, se torna indispensable la información acerca del hablante en el sentido amplio.

Para el segundo tipo, el de la "ambigüedad sintáctica", se requiere información sobre las expresiones individuales o descripciones a las cuales "él", "ella", "este hombre", etc., están vinculados.

Consideremos los siguientes enunciados:

- a) Juan encontró a Pedro, cuya mujer le ha transmitido a él malas noticias, de modo muy triste.
- b) Juan encontró a Pedro, cuya mujer lo ha invitado a él, de modo muy triste.
- c) Juan encontró a Pedro, cuya mujer lo ha llamado a él por teléfono, de modo muy triste.

En a), ¿"él" está relacionado con "Juan" o con "Pedro"? ¿Y "él" en b) y c)? De acuerdo al contexto, se podría responder probablemente que "él" está conectado con "Pedro" en el caso a) y con "Juan" en el b), pero tampoco habría una seguridad total. En el caso c) la cuestión permanece enteramente abierta. Para estar bien seguros necesitamos una información extra en los tres casos. Sólo así desaparecerá la ambigüedad y el indicador podrá ser sustituido por la expresión individual no abreviada o descripción.

Finalmente, permítasenos examinar lo que denominaremos "ambigüedad intensional" (para esta parte se usarán las ideas y la terminología de [3] sin mayor explicación)¹. En [1] Castañeda menciona la proposición:

- (1) El editor de *Soul* sabe que él es millonario.

En la terminología de [3], supongamos que el editor de *Soul* es extensionalmente idéntico (= e) a Juan Green, pero (en un tiempo t)

que él no conoce dicha identidad; pudiendo haber sido designado recientemente. Dejando a un lado indicadores como "yo", él se refiere a sí mismo como "Juan Green" y no como "el editor de *Soul*". Supongamos además que él sabe que Juan Green es millonario pero que ignora por completo la situación financiera del editor de *Soul*. Entonces:

- (2) El editor de *Soul* sabe que Juan Green es millonario es verdadero, mientras que:

(3) El editor de *Soul* sabe que el editor de *Soul* es millonario es falso. Tenemos aquí un caso bastante frecuente de un enunciado en el cual la expresión ("Juan Green") no puede reemplazarse por otra con la misma extensión ("el editor de *Soul*") sin alterar el verdadero valor del enunciado en cuestión.

Comparando ahora (1) con (2) y (3), vemos que, en consonancia con nuestra información adicional, el "él" es sólo una abreviatura de "Juan Green" y no de "el editor de *Soul*", contrariamente a lo que podría decirnos un análisis gramatical simplista.

El ejemplo nos exhibe lo que acontece si tomamos indicadores que son abreviaciones de experiencias en oblicua ocurrencia (hablaremos en este caso de "indicadores en oblicua ocurrencia"). En la ocurrencia ordinaria podemos eliminar la abreviación al colocar en su lugar cualquier expresión que tenga la misma extensión que la abreviada por el indicador. Si bien la información sobre la extensión resulta suficiente, ello no es así en cuanto a la ocurrencia oblicua. Ante ésta sólo podemos poner expresiones con igual *intensión* (según el contexto) en lugar de la que se encuentra abreviada por el indicador. La expresión a la que el indicador se relaciona gramaticalmente ("él" para "el editor de *Soul*") deberá reunir, si no hay ninguna otra ambigüedad, la misma extensión que la expresión abreviada por el indicador, pero no necesariamente la misma intención. Así, no es suficiente la información de la proposición analizada, al resultar ambiguo el indicador. ¿Se trata de una abreviatura de la expresión con la que se relaciona gramaticalmente, o de alguna otra expresión? El "él" de la sentencia (1), si no tenemos ninguna otra, es desalentadoramente ambiguo. Sólo si contamos con una información sobre las expresiones que el editor de *Soul* emplea para referirse a sí mismo, podremos sustituir el indicador ambiguo por una expresión que no lo sea.

Como última observación sobre la ambigüedad intensional de los indicadores, analizamos la controversia entre Castañeda e Hintikka mencionada en [1]. Ello se efectuará siguiendo el espíritu del presente trabajo y el de [3], usando los símbolos de [3], pero sin exigir que este análisis refleje auténticamente las ideas de Castañeda o Hintikka.

Figurémonos a un héroe de guerra (*w*), a un escritor de libros (*b*) y a una persona Quinto (*q*), tal que $w = e b = e q$, pero siendo *b* intensionalmente diferente (en el actual contexto) de *w* y *q* y así también *w* de *q*. Debido a una amnesia $b o w o q$, quien se refiere a sí mismo como "el escritor de libros", no conoce que (*b*) es *w* o *q*, pero sabe que *w* y *q* son los mismos, i.e., que Quinto (una persona propia)

¹ En lo que sigue, [1], [2], [3], se refieren a los artículos citados debajo:
[1] CASTAÑEDA, H. N., "On the Logic of Attributions of Self-knowledge to Others", *The Journal of Philosophy*, Vol. LXV, 1968, pp. 439-456.

[2] CASTAÑEDA, H. N., "On the Phenomeno-logic of the I", *Akten XIV. Intern. Kongr. f. Philosophie*, Vienna, 1968, pp. 260-266.

[3] STAHL, G., "Intensional Universes", *Philosophy and Phenomenological Research*, Vol. XXX, nº 2, 1969, pp. 252-258.

es el héroe de guerra. Conforme a las indicaciones suministradas, tendríamos que el enunciado:

- (4) El héroe de guerra sabe quién es el héroe de guerra

(simbólicamente " $(Ey) (Prop y . w ks [y = ew])$," i.e., "Para una persona propia y , w sabe que y es w ") no es equivalente a:

- (5) El héroe de guerra sabe que él es un héroe de guerra

(simbólicamente " $w K s [b = ew]$ "). En otras palabras, el conocimiento de w de que $q = ew$ no implica el conocimiento de que $b = ew$. Esto se aproxima más al enfoque de Castañeda, pese a que él no atribuye en (4) la identidad (extensional) a una persona propia.

LENGUAJE Y ONTOLOGIA EN LA FALACIA NATURALISTA DE G. E. MOORE

Por Juan Carlos D'Alessio *

El profesor Moore y la falacia naturalista

Tal como ha sido argumentado por varios autores, Moore ha caracterizado diversas posiciones filosóficas como incurriendo en la falacia naturalista, aunque su explicación acerca de la naturaleza de tal falacia está lejos de ser completa o adecuada. El presente trabajo tiene por objeto analizar los diferentes sentidos en los que Moore emplea la expresión 'falacia naturalista', u otras similares, y evaluar su refutación. Argumentamos que hay un sentido ontológico central en esta expresión que hace comprensible su aplicación en diferentes instancias. Pensamos que a pesar de las dificultades sugeridas, la falacia descubierta por Moore encierra una contribución filosófica de importancia susceptible de ser aplicada en áreas diferentes de aquellas consideradas por este autor.

Comenzaremos nuestro examen considerando una instancia en la que la falacia pareciera consistir en un error lógico o semántico cuando dice: "...far too many philosophers have thought that when they named those other properties they were actually defining good; that these properties, in fact, were simply not 'others', but absolutely and entirely the same with goodness. This view I propose to call the 'naturalistic fallacy'..."¹ ("...muchos filósofos han pensado que cuando nombraban otras propiedades estaban definiendo bueno; pensaban que estas propiedades simplemente no eran «otras», sino absolutamente y de manera completa lo mismo que la bondad. Propongo denominar a este punto de vista 'falacia naturalista'...").

Quizás podría argumentarse que en esta interpretación de la 'falacia' considera a enunciados sintéticos que ligan dos propiedades como si fueran analíticos, lo que conduciría a considerar muchos enunciados

* Miembro de la carrera de investigador del Consejo Nacional de Investigaciones científicas y técnicas.

¹ MOORE, G. E., *Principia Ethica*, Cambridge, 1962, p. 10.

en los que se usa el término aplicado a dichas propiedades junto con términos de otras características como si fueran la definición del término ético. Moore no se restringe a señalar la falacia, sino que extrae consecuencias de su aceptación cuando, por ejemplo, indica: "we should not get any very clear notion about things, which are yellow, we should not get very far with our science, if we were bound to hold that everything which was yellow, meant exactly the same thing as yellow. We should find we had to hold that an orange was exactly the same thing as a stool, a piece of paper, a lemon, anything you like".² ("no tendríamos ninguna noción clara acerca de las cosas que son amarillas, no iríamos muy lejos con nuestra ciencia si estuviéramos obligados a afirmar que todo lo que es amarillo *significa* exactamente lo mismo que ser amarillo. Así encontraremos que deberíamos afirmar que el anaranjado es exactamente lo mismo que un banco, un pedazo de papel, un limón o cualquier otra cosa".) (Énfasis en el original.) La aceptación de la falacia no sólo haría imposible el conocimiento ético, sino también el empírico.

Junto a la interpretación anterior, hay una versión conceptual claramente conectada con la anterior cuando dice: "...the fallacy which consists in identifying the simple notion which we meant by 'good' with some other notion".³ (... "la falacia que consiste en identificar la noción simple que significamos por 'bueno' con alguna otra noción").

Las versiones de la falacia consideradas no agotan las presentadas por Moore; hay otra forma que puede ser considerada como ontológica, lo que aparece más claramente en el siguiente texto: "When a man confuses two natural objects with one another, defining the one by the other, if for instance, he confuses himself, who is one natural object, with 'pleased' or with 'pleasure' which are others, then there is no reason to call the fallacy naturalistic. But if he confuses 'good' which is not in the same sense a natural object, with any natural object whatever, then there is a reason for calling that a naturalistic fallacy...".⁴ ("Cuando alguien confunde dos objetos naturales entre sí definiendo uno de ellos por medio del otro, si por ejemplo si se confunde a sí mismo, que es un objeto natural, con 'complacido' o con 'placer', que son otros, no habrá razón para llamar a la falacia naturalística. Pero si confunde 'bueno' que no es en el mismo sentido un objeto natural con cualquier otro objeto natural, habrá razones para llamarla falacia naturalista").

Si en las versiones mencionadas al principio del trabajo la aceptación de la falacia involucrara una confusión acerca del significado de los términos usados o de los conceptos por ellos expresados, en la última versión considerada la falacia consistiría en no distinguir entre propiedades o entidades pertenecientes a tipos diferentes, cuando uno

² MOORE, *op. cit.*, p. 14.

³ MOORE, *op. cit.*, p. 58.

⁴ MOORE, *op. cit.*, p. 13.

de ellos es un objeto natural y el otro no lo es. La distinción ontológica entre seres humanos y objetos físicos parece involucrada en esta versión de la falacia.

La próxima forma de la falacia que consideraremos la examina Moore cuando analiza a Mill. "Mill tells us that we ought to desire something (an ethical proposition), we actually do desire it; but if his contention that 'I ought to desire' means nothing but 'I do desire' were true, then he is only entitled to say, 'We do desire so and so, because we do desire it'; and that is not an ethical proposition at all; it is a mere tautology. The whole object of Mill's book is to help us to discover what we ought to do; but, in fact, by attempting to define the meaning of this 'ought', he has completely debarred himself from ever fulfilling that object he has confined himself to telling us what we do do."⁵ ("Mill nos dice que debemos desear algo [una proposición ética] por que de hecho lo deseamos; pero su suposición que 'Yo debo desear' significa lo mismo que 'Yo deseo' fuera verdadera, estaría autorizado a decir 'Deseo esto porque lo deseo'; pero de ningún modo esta es una proposición ética sino una mera tautología. Todo el objeto del libro de Mill es ayudarnos a describir qué debemos hacer, pero al intentar definir el significado de 'debo', se ha cerrado el camino para cumplir su propósito porque se ha circunscripto a decirnos qué es lo que hacemos"). Esta versión consiste en no distinguir entre las descripciones de hechos y las normas, distinción básica en nuestro lenguaje. La distinción anterior está asociada con una distinción entre dos significaciones diferentes del término 'desirable' ('deseable'). A diferencia de Mill para quien 'bueno' significa 'deseable', según Moore en el sentido principal 'deseable' no significa capaz de ser deseado sino que debe ser deseado⁶ cuando hay otro sentido según el cual 'deseable' no tiene este sentido sino que es semejante a visible.

Hemos considerado diferentes versiones de la falacia naturalista que aparecen en la obra de Moore, diferencias que este autor no establece y que no agotan todas las que este autor considera; sin embargo, a pesar de que esta distinción en muchos casos no es explícita y en otras incluye elementos no directamente conectados con el problema discutido, pensamos que las diferentes versiones presentan semejanzas que Wittgenstein calificaría como 'parecidos de familia'. Si aceptamos la versión ontológica como la principal, es razonable esperar que las otras versiones también sean verdaderas porque habrá diferencias conceptuales y en la significación de los términos usados, y en los enunciados con los que están asociados, en este caso entre normas y enunciados fácticos; en cambio, si nos confinamos a aceptar las versiones conceptuales, es menos probable que las otras formas sean aceptadas. Esto último explicaría cierto escepticismo respecto de la falacia naturalista. Pensamos que las distinciones introducidas por Moore en relación con la falacia naturalista y los argumentos empleados presentan una reacción saludable y fructífera en el campo del análisis filosófico.

⁵ MOORE, *op. cit.*, p. 73.

⁶ MOORE, *op. cit.*, p. 67.

TIEMPO Y LENGUAJE

Por Eugenio Pucciarelli

1

La conversación más trivial lo mismo que la obra literaria más excelsa despliegan en el tiempo la sucesión de sus palabras. No pueden proferirse todas a la vez, aunque el hablante conozca de antemano las conclusiones de su pensamiento y los pasos de su argumentación, y el libro encierre en sus páginas impresas la totalidad del mensaje depositado por el autor en la secuencia de signos gráficos que le sirven de vehículo. La emisión de la voz, en un caso, y la lectura, en el otro, imponen la sucesión de los instantes, hecho que implica una duración, un lapso que se extiende desde un comienzo hasta un final. ¿Se trata, en ambos casos, de series unilineales?

La conversación atraviesa las peripecias a que la someten las intervenciones de ambos locutores, el que intenta transmitir una información y el que la recoge pasivamente o en actitud crítica: no hay una serie, sino dos, entrecortadas, que se articulan a medida que el diálogo progresa; tampoco avanzan con igual ritmo: aceleraciones y pausas, lo mismo que el énfasis de la voz y los gestos corporales que lo acompañan, matizan la emisión de las palabras. El texto escrito se extiende también en el espacio y adopta figuras que el autor puede haber buscado deliberadamente para producir ciertos efectos que son parte del resultado que persigue la literatura, sin contar que otro espacio más sutil, que podría calificarse de semántico, se interpone entre la cadena de significaciones literales y la cadena de significaciones figuradas cuando el mensaje es ambiguo y apunta hacia dos metas distintas, lo cual parece anular el carácter lineal del discurso. En ambos casos —intermitente o continuo, uno o dividido, físico o anímico— el itinerario es temporal, rasgo indisolublemente ligado al lenguaje mismo. El intento de separar el lenguaje y el tiempo, por sutiles que sean los artificios utilizados para lograrlo, parece empresa utópica destinada a estrellarse contra la resistencia que le opone la realidad.

Una afirmación tan rotunda puede pecar por excesiva y, tal vez, por apresurada: ¿no es posible, acaso, ser afectado por el tiempo y tener conciencia de ello al margen del lenguaje? No todo lo que se

experimenta puede ser acogido en el reino de la palabra: no se olvide la impotencia del místico ante el deseo de comunicar a otros la plenitud vivida en el éxtasis. Por otra parte, la experiencia de la temporalidad, de la que nadie podría desprenderse, tropieza con serias dificultades para encontrar las palabras que puedan recogerla y expresarla sin deformaciones. San Agustín, cuya perplejidad frente al problema se recuerda en ocasiones como ésta, sabía qué era el tiempo, con la vaguedad propia de una vivencia impotente para hallar la vestidura verbal que le permitiera aparecer en público. Tenía la experiencia directa de la huella que deja en la vida anímica el incansable transcurrir de los minutos; lo sabía en silencio, y tan pronto como se disponía a romper su forzado mutismo y comunicar a otros su mensaje, se sentía envuelto en dificultades que no podía superar. Lo expresable y lo inefable parecen desplazarse por distintos caminos, que no siempre convergen. A pesar de todos los obstáculos, la ciencia no puede dejar de valerse del lenguaje para fijar los conocimientos y comunicarlos a otros, y en los signos siempre rígidos que utiliza procura volcar las experiencias más fluidas a que el hombre tiene acceso. No es imprudente separar un tiempo en sí, tal vez inobjetivable por naturaleza y destinado a afectar al hombre quizá porque constituya su dimensión interior más recatada, y los tiempos que registra la lengua con la mira puesta en las relaciones intersubjetivas, tal como se revelan a través de palabras, frases, discursos, que la gramática de cada idioma clasifica puntillosamente. Pero sería ingenuo suponer que el registro lingüístico, indispensable para ordenar las experiencias sociales y aun las individuales, agote el problema de la naturaleza del tiempo. ¿No habrá oposición contradictoria entre la índole inobjetivable del tiempo y la objetificación a que lo condena necesariamente la cáscara verbal que intenta apresarlos? La utilización del lenguaje en la esfera del tiempo, aunque trace límites artificiales y contribuya a deformar la experiencia originaria, no impide adivinar lo que trasciende el límite y se sustrae a la presa verbal. Y, finalmente, ¿por qué no decirlo?, el tiempo habita en la palabra forjada para apresarlos y hace sentir su inquietud a lo largo de la historia de la lengua. Esta convicción, apoyada en sólidas experiencias, ratifica la legitimidad del problema que ahora nos sale al encuentro en el marco de la filosofía: el nexo entre el tiempo y el lenguaje. Este nexo, que no es accidental ni transitorio, no habrá de imaginarse como un puente tendido sobre un abismo para salvar la distancia que existiría entre dos entidades que integran el mundo de la experiencia. No están una fuera de la otra, no son recíprocamente exteriores y condenadas a un contacto por la superficie, sino que son solidarias y no es posible examinar un término sin verse obligado a prestar igual atención a su antagonista. No estamos, pues, en presencia de un pseudo-problema, sino de una auténtica cuestión cuyas consecuencias filosóficas son incalculables. Sería apresurado despreñar la posibilidad de que algunos aspectos de la estructura del mundo —por ejemplo, su dimensión temporal— puedan ser inferidos a partir de la estructura del lenguaje —cuya entraña temporal es innegable—, aunque éste, en principio, pueda ser tratado con

entera independencia de la consideración de fenómenos ajenos a su estricto dominio. Pero también el lenguaje, que es parte de la realidad, puede, gracias a su intrínseca temporalidad, arrojar alguna claridad sobre el mundo, aunque no agote la infinita riqueza de sus cualidades.

2. Tiempo crónico y tiempo gramatical

Tiempo es palabra equívoca: tan pronto se emplea para designar un fenómeno extralingüístico —cósmico, biológico, anímico, histórico—, como el conjunto de formas lingüísticas que registra pormenorizadamente la gramática, como el fenómeno meteorológico que nos afecta a diario según las variaciones de temperatura, humedad y presión barométrica. Esta triple significación corresponde al distingo que establecen las lenguas que disponen de tres vocablos: *Zeit*, *Tempus* y *Wetter*, en alemán, *Time*, *Tense* y *Weather* en inglés, de que por desgracia carece el español, omisión que es fuente de graves dificultades.

La distinción de un tiempo cósmico, cuyo estudio concierne a la física, y un tiempo lingüístico, cuya índole y estructura ponen en graves aprietos al investigador que se dispone a examinarlo en su esfera propia, parece el punto de partida obligado para internarse en las cuestiones relativas a la peculiar temporalidad del lenguaje. ¿Cómo olvidar, sin embargo, la existencia de un tiempo anímico, que no se confunde con ninguno de los anteriores, aunque la representación más difundida lo inserte en el amplio marco del cosmos y la palabra le sirva de vehículo para fijar sus caracteres? Y puesto que el hombre, testigo de excepción en este dominio, es un ente social y desenvuelve sus actividades en asiduo contacto con sus semejantes, ¿cómo pasar por alto la existencia de un tiempo crónico o mundano, el que sirve para la determinación de los acontecimientos en medio de los cuales se desarrollan las vidas humanas?

A los lingüistas no ha pasado inadvertida esta multiplicidad de tiempos. Emile Benveniste, por ejemplo, se ha esforzado por distinguir con pulcritud los tiempos crónico y lingüístico, no sin insistir, de paso, en su heterogeneidad lo que no impide admitir la existencia de nexos entre ambos proporcionados por la lengua misma.¹ Rasgos del primero, vinculado a la vida social del individuo y a la historia entera de la humanidad, es ser el medio en que se dispone la sucesión de los acontecimientos reales lo mismo que la de los estados anímicos. Consiente en ser representado como una línea ininterrumpida jalada por puntos de referencia a lo largo de su trayecto que desde el pasado se prolongan hasta el presente y gracias a los cuales es posible determinar el momento preciso en que ocurrieron ciertos hechos.

¹ EMILE BENVENISTE, «Le langage et l'expérience humaine», *Diogenes* (Paris, Gallimard, juil-sept 1965), n° 51, pp. 3-12.

Nada impide asignarle la figura geométrica de la línea recta y recorrer con la imaginación, hacia atrás o hacia adelante, toda la extensión sin perturbar su naturaleza ideal. Nada inhibe tampoco para detenerse frente al acontecimiento que se recuerda y que aparece como eslabón de una serie que se extiende en un medio continuo e indiferente a todo lo que acaece dentro de sus límites. La vida social incita a objetivar el tiempo crónico para utilizarlo como instrumento a fin de ubicar sucesos históricos, registrándolos en una cronología estricta. Tal objetivación se opera gracias al calendario que organiza el tiempo en un sistema periódico inspirado en la repetición de ciertos hechos naturales (día y noche, solsticios y equinoccios, estaciones, etc.). Un punto privilegiado, el cero, representado preferentemente por un hecho religioso —la creación del mundo (judíos), el nacimiento de Jesús (cristianos), la huida de Mahoma hacia la Meca (musulmanes), etc.— señala la separación de los recorridos —hacia el pasado y hacia el futuro— del tiempo crónico. Las discrepancias en la determinación del punto cero explican las diferencias de los calendarios: la era judía comienza 3761 años antes que la cristiana, en tanto que la mahometana lo hace con un atraso de 622 años respecto de la cristiana, pero estas diferencias que no dejan de ser considerables por la magnitud del tiempo histórico que abarcan, no afectan la fijeza del punto cero a partir del cual se cuentan en sentidos contrarios, los años, puesto que en todos los casos el eje de referencia se mantiene inmóvil. La constancia en la duración de los intervalos facilita el empleo de unidades de medida que permiten evaluar la distancia temporal entre los hechos (año, mes, día, hora, minuto). La vida social (trabajo, juego, descanso, obligaciones, plazos comerciales, salarios, cómputos de toda índole, etc.) se regula por las divisiones del tiempo crónico que, a través de las pautas del calendario, permiten establecer la posición objetiva de los acontecimientos y nuestra situación en relación con ellos. Su estructura es fija, aunque las correcciones introducidas en los calendarios por consejo de los astrónomos, obligaran alguna vez a efectuar pequeños ajustes. El tiempo crónico regido por el calendario no es una entidad real —no se confunde con el tiempo físico ni con el tiempo vivido aunque registre lo acaecido en uno y en otro—, sino un marco de referencia para facilitar la organización de la vida social (cívica, política, militar, eclesiástica, etc.).²

Muy distinto es el tiempo lingüístico destinado a poner de manifiesto la experiencia humana del tiempo. Gracias a la palabra, los acontecimientos, que no se resisten a ser colocados en la serie del tiempo crónico, se insertan en el tiempo de la lengua que exhibe rasgos que lo diferencian radicalmente de los otros. Su centro no es el punto cero del tiempo crónico, sino el presente que corresponde al ahora en que se está hablando y en que se verifica la coincidencia entre el

discurso y el acontecimiento. Pero este presente lingüístico es la base en que se apoyan las oposiciones temporales y, a la vez, la línea divisoria que separa la rememoración y la prospección, la primera como el momento en que el acontecimiento deja de ser contemporáneo respecto del discurso, y la segunda como el momento que parece aguardar la incorporación del acontecimiento a la esfera del lenguaje, donde aún no había comparecido. Este presente no coincide con ninguna de las divisiones del tiempo crónico, porque no tiene asignado un lugar fijo y, por el contrario, se desplaza a medida que progresa el discurso y renace cada vez que se habla. Las lenguas, por lo general, no disponen más que de una expresión para designar este presente, en tanto que pasado y futuro encuentran un número mayor de términos, que si bien no coinciden en las distintas lenguas, cada una de las cuales parece traducir experiencias existenciales no siempre equivalentes a las de las otras, ayudan a precisar una pluralidad de matices en conexión con la mayor o menor distancia respecto del presente. Privilegio del presente es imponer un ordenamiento lingüístico al tiempo, que no prejuzga sobre la secuencia efectiva de los hechos reales, sino que resulta de la referencia a otros momentos del tiempo a partir de aquel en que se está hablando. La riqueza que se atribuye al pasado, en contraste con la condición ascética del presente, proviene de la referencia a distancias temporales: un pasado reciente, un pasado remoto, un pasado indefinido. El futuro, que no excluye tampoco la referencia a distancias temporales breves o largas, no dispone sin embargo de una multiplicidad equivalente de términos. Esto induciría a suponer la existencia de una asimetría lingüística.

La dimensión temporal no podría estar ausente de la lengua pero sólo el acto de hablar permite su actualización, que se realiza dentro de un presente que hace posible toda clase de referencias a los otros momentos del tiempo. Cada uno de los interlocutores de un diálogo inscribe sus palabras en el mismo tiempo —hoy, ayer, mañana—, participa, por lo tanto, de la misma temporalidad, lo cual facilita la inteligibilidad de los mensajes. Lejos de encerrarse en una conciencia individual, lo que dificultaría la comunicación interpersonal, el tiempo lingüístico ejerce su acción en el dominio de la intersubjetividad.

El tiempo lingüístico se conjuga con el tiempo crónico cada vez que el hablante establece un vínculo entre las referencias temporales inmanentes al discurso y determinados acontecimientos localizables en la serie objetiva del tiempo crónico. De ahí que sea posible utilizar las unidades que el tiempo crónico pone a disposición de los hablantes. El nexo entre el tiempo lingüístico y el tiempo crónico se opera a través de los instrumentos verbales que suministra la lengua misma, lo cual evita la confusión de ambos tiempos.

3. Tiempo de la historia y tiempo del discurso

Surgen otras dificultades cuando se parte de la noción general de tiempo y se busca en ella un criterio válido para decidir sobre la

² JAMES T. SHOTWELL, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, trad. Ramón Iglesia (México, FCE, 1940), pp. 77-88, c. V: «La medición del tiempo». STEPHEN TOULMIN - JUNE GOODFIELD, *The Discovery of Time* (London, Hutchinson & Co., 1965).

utilización de una forma dada de un sistema verbal. Para soslayar esta dificultad, Benveniste apela a la distinción de dos planos de enunciación —la historia y el discurso— que reclaman, según su opinión, el empleo de tiempos verbales diferentes, con lo cual sugiere que los miembros del verbo francés entran en dos sistemas distintos y complementarios.³

El primero, que corresponde al relato histórico del que ha excluido la autobiografía, aunque en opinión de algunos (Dilthey) ésta constituye «la célula germinal de la historia», está reservado a la lengua escrita y el tiempo cae fuera de la persona del narrador. La intención histórica impone su temporalidad específica y ésta se canaliza a través de las formas de la tercera persona, en consonancia con la presentación de los acontecimientos relatados que se suceden en el orden en que aparecieron en la realidad histórica. El campo de la expresión temporal de los enunciados con contenido histórico abarca, en lengua francesa, el pasado simple o definido, el imperfecto y el pluscuamperfecto.

No ocurre lo mismo con el discurso, que puede ser oral o escrito, y en que el enunciado que implica locutor y auditor a la vez supone el ejercicio de una influencia del primero sobre el segundo. La gama de discursos comprende todos los casos, desde la conversación aparentemente anodina hasta la arenga más inflamada, sin excluir el teatro, las memorias, la correspondencia e, inclusive, las obras didácticas. El locutor organiza su mensaje en la categoría de la persona y emplea las formas personales del verbo en los tiempos presente, futuro y perfecto, todos ellos ausentes del relato histórico.

Podrían añadirse algunas consideraciones relativas a los tiempos compuestos, cuyas funciones consisten en referirse a una acción ya cumplida o indicar la anterioridad. Las relaciones entre las formas temporales son diferentes, ya que en lo cumplido la relación temporal que tiene lugar sobre el eje del tiempo es paradigmática, en tanto que en la anterioridad la relación temporal no puede ser más que sintagmática. Es digno de notar que la última, que es lógica e intralingüística, no refleja ninguna relación cronológica del mundo objetivo y, por lo tanto, carece de equivalente en el tiempo físico y es propia exclusivamente de la lengua.

A propósito de la temporalidad vinculada con la subjetividad, Benveniste añade algunas precisiones de gran interés. Se refieren al presente lingüístico.⁴ El tiempo se organiza gracias a los recursos que proporciona la lengua y la línea de demarcación entre pasado y futuro pasa por el presente, es decir por el ahora desde el cual se habla y

³ EMILE BENVENISTE, «Les relations de temps dans le verbe français», *Bull. de la Soc. de Linguistique*, LIV (1959), fasc. 1, recogido en *Problèmes de Linguistique générale* (Paris, Gallimard, 1966), pp. 237-250.

⁴ EMILE BENVENISTE, «De la subjectivité dans la langue», *Journal de Psychologie* (juil.-sept. 1958, PUF.), pp. 267 ss., incluido en *Problèmes*, ya citado, pp. 262-263.

cuya única referencia temporal es un dato lingüístico: la coincidencia del acontecimiento que se describe con la etapa del discurso que se refiere a él. El presente es, pues, interior al discurso.

La persuasión de que el tiempo gramatical se resiste a ser descrito mediante la categoría de tiempo o la de aspecto o la asociación de ambas, había incitado a Benveniste a interesarse por la existencia de dos formas —simple y compuesta— del pasado francés, que resultaba compatible con la admisión de dos sistemas temporales —historia y discurso— como otros tantos registros complementarios en la teoría general del tiempo gramatical. Pero la dificultad con que se tropezaba al querer generalizar a otras lenguas estos resultados indujo a Harald Weinrich a explicar el destino de una forma especial por su referencia al conjunto del sistema, en lugar de subordinar este último a la función de una forma temporal. Con ello creía eliminar algunas ambigüedades de la teoría propuesta por Benveniste. Partiendo de la oposición entre relato y comentario, que en parte equivalía a la separación de historia y discurso trazada por Benveniste, establecía que la misma forma temporal no podía pertenecer a la vez a ambos grupos y se rehusaba a aceptar que un tiempo pudiera pasar de uno a otro grupo según la persona con que se combinara, para arribar a la conclusión que la frontera entre ambos grupos se traza tanto en la lengua escrita como en la oral.⁵

Sin abandonar la separación entre historia y discurso como categorías aplicables al campo del análisis de la literatura, Todorov aproxima ambos procedimientos: la secuencia efectiva de las acciones (reales o imaginarias) sigue un decurso temporal, pero no ha de olvidarse que el narrador tiene libertad para escoger el modo como lo hace conocer. El tiempo del relato expresa la relación entre el tiempo de la historia y el tiempo del discurso, que no siguen un orden necesariamente paralelo, ya que el segundo no puede dejar de ser lineal en tanto que el primero es pluridimensional, y los acontecimientos que en éste ocurren simultáneamente, en el otro han de sucederse. La figura multilateral, que congrega sus rasgos plurales en la misma unidad de tiempo, se proyecta sobre una línea y cada una de sus caras sigue a las otras. La deformación temporal es inevitable, sin contar con que, en nombre de intenciones estéticas bien definidas, el autor puede explotar a voluntad las posibilidades que le brinda la infracción del orden temporal. A estas temporalidades tan heterogéneas, cabe agregar todavía las que corresponden a la escritura y a la lectura.⁶

El tiempo del relato histórico es muy complejo y presenta una pluralidad de figuras que nacen de la coexistencia, interferencia o roce de varios tiempos que, debido a la heterogeneidad de sus rit-

⁵ HARALD WEINRICH, *Le Temps. Le récit et le commentaire* (1968), (Paris, Ed. du Seuil, 1973), pp. 60-62.

⁶ TZVETAN TODOROV, «Les catégories du récit littéraire», *L'analyse structurale du récit. Communications* (Paris, Ed. du Seuil, 1966), n° 8, pp. 139, 141.

mos, excluyen la sincronía. Así, al tiempo de los hechos acaecidos (de la *res gestae*), que el historiador procura presentar con máxima objetividad, se añade el tiempo que se desprende de las fuentes y testimonios mencionados expresamente en el relato, y el tiempo del relato mismo construido según perspectivas temporales diversas (*historia rerum gestarum*). El itinerario no es forzosamente lineal ni avanza sin retroceder porque a veces el hilo del acontecer real se complica con la irrupción del tiempo del relato y el movimiento sigue un curso en zig-zag.⁷

4. El tiempo en la lógica

De las dos vías de acceso al tiempo, una, transitada por los psicólogos (e, igualmente, por los fenomenólogos), invita a describir minuciosamente todos los aspectos de la experiencia del tiempo —su naturaleza, su estructura, su dinamismo, su duración, etc.— y sólo se preocupa por el lenguaje en la medida en que contribuye a fijar y configurar los datos originarios, sin olvidar el índice de deformación que introduce y que puede generar ilusiones incómodas. La otra, que se apoya en el lenguaje, aun sin presuponer gratuitamente un paralelismo entre las estructuras del tiempo gramatical y del tiempo real, se desentiende del contacto directo con la experiencia y, en un esfuerzo de formalización cada vez más acentuado, se atiene al análisis y clasificación de las expresiones temporales así como a los mecanismos operatorios que aseguran el pasaje correcto de una a otras. En su forma más exigente aspira a construir una lógica del tiempo.

El tiempo constituye, en efecto, un desafío para las nuevas lógicas, que no han podido ignorar la existencia de los términos temporales del lenguaje ordinario y del discurso científico, y se han visto en la necesidad de construir sistemas de signos que permitan la manipulación ágil y segura de los modos del tiempo y la transformación de la argumentación en un cálculo.

El desarrollo de esta nueva rama de la lógica es relativamente reciente. Han de considerarse como punto de partida las sugerencias contenidas en un artículo de J. N. Findlay (1941),⁸ en el que intenta persuadir a sus lectores de que había llegado el momento de construir un cálculo formal susceptible de integrarse en el moderno desarrollo de la lógica modal. El estímulo para emprender una investigación de esta índole había partido de las discusiones suscita-

⁷ Cf. ROLAND BARTHES, «El discurso de la historia», en *Estructuralismo y literatura* (Buenos Aires, Nueva Visión, 1970), pp. 37-50.

⁸ J. N. FINDLAY, «Time: A Treatment of some Puzzles», en A. N. FLEW, *Logic and Language* (Oxford, Blackwell, 1955), I, pp. 37-54.

das por la distinción que McTaggart (1908)⁹ había introducido, a propósito del tiempo cuya realidad se empeñaba en negar, de dos series (pasado, presente, futuro) y (anterior, posterior), que podía interpretarse como una aproximación a una «fenomenología» del tiempo y un primer atisbo de una «lógica» del tiempo. Findlay argüía que el lenguaje ordinario, tal como ha entrado en los cuadros de la gramática corriente, proporcionaba materiales ya elaborados para la construcción de un cálculo formal, cuyas primeras leyes podían desprenderse de la discusión provocada por la atrevida tesis de McTaggart. Hans Reichenbach (1947)¹⁰ aportó nuevas sugerencias, sobre todo a través de la distinción del tiempo en que se profiere una expresión y el tiempo en que ocurren los sucesos de que se habla, así como también del punto de referencia que puede o no coincidir con aquella distinción.

Importantes son las contribuciones positivas, alcanzadas a la zaga de aquellos antecedentes, por varios autores, entre los cuales corresponde mencionar a A. N. Prior,¹¹ N. Cocchiarella¹² y Gerold Stahl.¹³ Este último ha intentado construir sistemas funcionales de segundo orden que acogen términos temporales, por lo cual estima que les conviene la designación de sistemas cronológicos. Siguiendo el precedente señalado por la separación de dos tipos de modalidades —las que conciernen a los objetos y las que convienen a las palabras—, Stahl distingue entre «temporalidad de re», que reserva para el nivel del lenguaje primario (lenguaje de objeto) encargado de describir situaciones reales, y «temporalidad de dicto» que acoge términos temporales en el metalenguaje. En ambos casos estos términos figuran

⁹ J. E. MCTAGGART, «The Unreality of Time», *Mind* N. S. (1908), n° 68, pp. 457-474.

¹⁰ H. REICHENBACH, *Elements of Symbolic Logic* (New York, Macmillan, 1948), § 51, pp. 287-298.

¹¹ A. N. PRIOR, *Formal Logic* (Oxford, Clarendon, 1955), pp. 215-216, 240 ss.; *Time and Modality* (Oxford, Clarendon, 1957); *Past, Present and Future* (Oxford, Clarendon, 1967); *Papers on Time and Tense* (Oxford, Clarendon, 1968); «Tense Logic and the continuity of Time», *Studia Logica* (1962), vol. 13, pp. 133-151; «Postulates for tense-logic», *American Philosophical Quarterly* (1966), vol. 3, pp. 153-161; «The logic of tenses», *Akten des 14. Internat. Kongr. für Philosophie* (Viena, 1968), vol. 2, pp. 638-640; «Time and change», *Ratio* (1968), vol. 10, pp. 173-177; «Tensed propositions as predicates», *American Philosophical Quarterly* (1969), vol. 6, pp. 290-297; «Recent advances in tense logic», *The Monist* (1969), vol. 53, pp. 325-339; «The notion of the present», *The Study of Time*, ed. by J. T. Frazer et al. (Berlin-Heidelberg-New York, Springer Verlag, 1972), pp. 320-323.

¹² N. COCCHIARELLA, «Modality within tense Logic», *Journal of Symbolic Logic* (1966), vol. 31, pp. 690; «A completeness theorem for tense Logic», *Ibid.*, vol. 31, pp. 689-690.

¹³ GEROLD STAHL, «Temps et existence», *Revue Philosophique* (Paris, 1961), n° 4, pp. 501-507; «Termes temporels dans des systèmes fonctionnels», *Ibid.* (1974), n° 3, pp. 293-303.

en el predicado no sin introducir también cambios que afectan a la extensión de las clases correspondientes mencionadas en uno y otro discurso. Stahl no sólo proporciona pautas para la construcción del sistema, que aseguran el logro de expresiones bien formadas, indicando los símbolos de las variables, las conectivas y los operadores existencial y universal, sino que construye expresamente el sistema y ofrece modelos adecuados al mismo, admitiendo que puede tomarse en cuenta el tiempo o el espacio o ambos a la vez. Enuncia los principales axiomas, indicando además las definiciones que han de ajustarse a nuestra concepción del tiempo y no descarta la utilización de descripciones de tipo russelliano.

Contra lo que podría suponerse, dado el reproche tantas veces repetido, de que la lógica, con su exigencia de univocidad y de rigor, empobrece las posibilidades semánticas del lenguaje corriente, la construcción de sistemas está lejos de caer en un estancamiento que impida la renovación de los esfuerzos por apresar cada vez mejor la dinámica del lenguaje temporal y, a través de él, el tiempo de la realidad en todos sus estratos. Los esfuerzos, que han añadido agilidad y matices ausentes en los sistemas más sencillos, se han sucedido rápidamente y hoy es fácil disponer de un conjunto de construcciones formales que comprenden lógicas del tiempo ortodoxas y no ortodoxas, topológicas y métricas, simples o estratificadas, limitadas a un tiempo finito o abiertas a los estados sucesivos del mundo, etc. No son, pues, mezquinas las conquistas logradas en precisión, univocidad y seguridad en los cálculos.

5. La diacronía y el tiempo

La variación de las lenguas —crecimiento, deterioro, disolución apreciables en los niveles fonético, sintáctico y semántico— es un hecho que la historia se complace en registrar: no sólo aparecen neologismos, se añaden significaciones nuevas que se superponen o desalojan a las ya conocidas, y caen en desuso y se olvidan términos en tanto que otros se remozan y vuelven a circular con inesperada lozanía, sino que también se incorporan giros sintácticos no empleados anteriormente y se alteran de múltiples maneras sonidos familiares de la lengua oral.

No hay lengua que haya logrado sustraerse a este destino, sin contar con el hecho externo de su expansión o reducción en áreas geográficas merced a migraciones de pueblos o contactos culturales más o menos aislados. Después de períodos de esplendor hay lenguas que decaen e, incluso, desaparecen, dándose también el caso de lenguas muertas que al cabo de siglos, por razones políticas o exigencias culturales, recobran una vida que habían perdido al desaparecer del repertorio de posibilidades expresivas de una comunidad de hablantes trasplantada a otros medios lingüísticos. La inestabi-

lidad de las lenguas es un hecho y siempre están expuestas a la ruptura de su equilibrio interno, que no excluye la reconquista de otro equivalente a través de la incorporación de elementos que consienten en articularse con felicidad.

¿Cómo llamar a este fenómeno? Las designaciones se han multiplicado y varían en función de las ideas que se tienen acerca de la naturaleza de la lengua y de su papel en la vida de la comunidad. Se habla, por lo tanto, de evolución, mutación, cambio, modificación, alteración, deslizamiento —expresiones que no son sinónimas y que imponen delicados compromisos (sea porque implican continuidad o salto en el proceso, sea porque atribuyen a la lengua función instrumental o esencia poética), pero que ayudan a entender el hecho real de las variaciones que se suceden en la historia, sin pretender sin embargo explicarlo. Una cosa es el registro de hechos que acaecen y otra, muy distinta, su cabal inteligibilidad, que obliga a desentrañar los factores (biológicos, anímicos, espirituales, ya sean individuales o sociales) que los originan.

La variación supone el tiempo, ya que sólo en su cauce complaciente ocurren las modificaciones del sonido y del significado, pero sería erróneo suponer que el tiempo opera como factor desencadenante, lo que implicaría atribuirle el carácter de agente causal. Expresado en términos de la filosofía crítica, el tiempo puede considerarse, desde el punto de vista lógico, como «condición de posibilidad» del cambio, pero no habría que olvidar que el mismo Kant no desechaba la idea —antes bien la incorporaba en la segunda analogía de la experiencia— de que la causalidad engendra el tiempo de los procesos reales, y algunas orientaciones filosóficas de palpable influencia en nuestra época han desenvuelto, en un clima neopositivista, la teoría causal del tiempo.¹⁴ No es, pues, el tiempo el agente del cambio que afecta a las lenguas, sino, en todo caso, factores de otra índole que sólo la psicología, la sociología y la historia estarían en condiciones de averiguar.

Para nuestros fines poco importa que el cambio acaezca en la continuidad, como si estuviera preparado por variaciones insensibles cuya acumulación haría estallar los viejos cuadros, o implique una ruptura que aparezca bruscamente sin antecedentes visibles; tampoco es relevante que sea ocasionado por la urgencia que experimenta el hombre de adaptarse a necesidades imprevistas surgidas de variaciones en las condiciones de la vida histórica, o por la incompreensión entre generaciones (padres e hijos) que se suceden y cuya mentalidad se expresa en cosmovisiones heterogéneas, cada una de las

¹⁴ HENRIK MELBERG, «Essai sur la théorie causale du temps», *Studia Philosophica* (Leopoli, 1935), vol. I, pp. 119-260. HANS REICHENBACH, *The Philosophy of Space and Time* (New York, Dover Publ., 1953), c. II, § 21-22, pp. 135-147; *The Direction of Time* (Berkeley, Univ. of California Press, 1956), c. II, § 3, 5. ADOLF GRÜNBAUM, *Philosophical Problems of Space and Time* (London, Routledge & Kegan Paul, 1964), pp. 179-208.

cuales reclama su propia manera de manifestarse verbalmente. No se atenúan estos fenómenos por el hecho de asistir a la alternancia de períodos de estabilidad, que inducen a pensar en la fijeza de la lengua, con períodos de cambios inesperados que irrumpen abruptamente y parecen introducir el desorden en los cuadros lingüísticos. Lo cierto es que los cambios presuponen la existencia de un tiempo real, que no puede ser otro que el tiempo histórico, ya que la existencia humana se caracteriza por la nota de la historicidad, de la que participa también el lenguaje.

Nada obliga a considerar exclusivamente los cambios e interpretar la lengua en términos de movimiento; también es lícito trazar un corte transversal en la continuidad que fluye, lo cual permite sorprender la figura estática de un complejo de elementos articulados entre sí, que se ofrecen a todo hablante en un momento determinado. La lengua deja de verse en la perspectiva de la sucesión como una historia en marcha o una tradición que se mantiene, se enriquece o declina según las épocas, para no considerarse más que como una simultaneidad que despliega todos sus elementos a la vez.

La diferencia entre sucesión y simultaneidad, que nada impide concebir como opuestos susceptibles de asociarse de cierta manera y que la filosofía ha aceptado más de una vez como marcos adecuados para organizar los procesos introduciendo un orden donde amenazaba reinar el caos, se utiliza también en lingüística donde ha revelado particular fecundidad. Con los nombres de diacronía y sincronía Saussure ha sabido sacar provecho de esa diferencia y concebir la existencia de dos ejes que se cruzan, lo que permite el deslizamiento de uno de ellos sobre el otro que le sirve de carril.¹⁵ No se trata de dos entidades con caracteres opuestos, sino de dos modos de consideración de una realidad, el lenguaje, que no deja de ser histórica. Lo simultáneo, es decir, el conjunto articulado en sistema de los signos lingüísticos —sincronía—, se desplaza a lo largo del eje temporal —diacronía— que permite asistir a las variaciones, lentas o bruscas, de sus diferentes estados. Y lo que en el primero se mantiene constante, inmune al parecer a la erosión del tiempo, si se lo considera en un momento determinado, en el otro admite las variaciones que registra la historia. Aunque se imagine al primero ajeno al tiempo, lo cual no deja de ser una ficción metodológica, no habrá que olvidar que la palabra simultaneidad designa un modo temporal, aquel en que coexisten elementos o relaciones de un conjunto que tienen la propiedad de darse todos a la vez, como si estuvieran confinados en un círculo que los aprisiona y evita su dispersión en tanto que también imprime al conjunto un estilo propio. Esto no impide emplear la palabra simultaneidad, con tal que se ponga entre paréntesis su connotación temporal y se acentúe el carácter estático del complejo. Desde este ángulo, el sistema de la lengua

en que los signos solidarios entre sí aparecen articulados, es estático o al menos así es lícito concebirlo —tal es considerada la sincronía—, en tanto que el tránsito por el eje temporal lo muestra dinámico y consiente en admitir todas las variaciones imaginables —tal es concebida la diacronía—.

La oposición entre sincronía y diacronía, que resulta clara cuando el teorizador se atiene a las definiciones, proporciona una imagen de la lengua que sin poderse calificar como falsa es sólo aproximada. De ahí que la consideración del estado de una lengua en un momento determinado de su historia deje de ostentar la simplicidad que le atribuye el esquema. Nunca se da un complejo homogéneo, válido para todos y por todos utilizado, justamente el que correspondería a un corte transversal practicado en la continuidad histórica de una lengua, sino que coexisten varios complejos en conexión con el grupo social que utiliza la lengua —minoría culta, pueblo bajo, personas ilustradas o ignorantes, moradores de la Capital o del interior, de la ciudad o del campo— donde no sólo se comprueban diferencias de entonación, sino preferencias distintas por el vocabulario. Pero estos detalles, importantes para el lingüista entregado a la tarea de registrar las peculiaridades sociales o locales y aun históricas de una lengua, pueden pasarse por alto en la consideración relativa a la incidencia del tiempo sobre la lengua, única que ahora nos preocupa. Lo que importa es atender al conjunto de caracteres constantes, al sistema basado en las relaciones de las unidades concretas que hacen posible el ejercicio efectivo del habla.

Ha de prescindirse también del examen de la controversia a propósito de la exclusión o asociación inevitable de los dos puntos de vista, tanto en los intentos de construir una lingüística sincrónica de intención meramente descriptiva o ambiciosamente explicativa, o de la investigación de las leyes fonéticas válidas en el terreno de la lingüística diacrónica. La demora en separar los dos campos y el esfuerzo por asignarles autonomía obedeció al hecho de la oscilación entre dos tipos de consideración que solían estar íntimamente unidos, sin olvidar los esfuerzos posteriores a su separación para volver a asociarlos y reconquistar, de esa manera, la unidad de una ciencia que el exceso de análisis había resquebrajado.

6. El tiempo en la sincronía

Los intentos encaminados a desentrañar la temporalidad inherente al lenguaje se han multiplicado en los últimos años y han seguido orientaciones diferentes, según que el autor se esforzara por mantenerse dentro de la esfera cerrada de la lingüística o no vacilara en dirigir su investigación hacia el sujeto hablante, persuadido de que la constitución temporal y lingüística de éste ofrece fundamento adecuado para la indagación. Por este camino se ha internado André Jacob,¹⁶

¹⁵ FERDINAND DE SAUSSURE, *Curso de lingüística general*, trad. Amado Alonso (2ª ed., Buenos Aires, Losada, 1955), pp. 146-151, 161-168, 175-177, 231-235.

¹⁶ ANDRÉ JACOB, *Temps et langage* (París, A. Colin, 1967), pp. 18, 32-33.

quien, por otra parte, no ha desdeñado asociar la metodología, a la vez empírica y descriptiva, de la lingüística con las más felices aportaciones de la fenomenología.

Convencido de la imposibilidad de concebir al sujeto sin el lenguaje y a éste sin el sujeto, y a ambos sin el tiempo, André Jacob recuerda que el sujeto se enfrenta con objetos en diálogo constante a través del conocimiento y de la acción. Uno y otros adquieren estabilidad y sentido gracias al lenguaje, que no sólo detiene su evanescencia, sino que obra como instrumento de análisis destinado a fijar sus particularidades y, a la vez, permitir su manipulación intelectual mediante el sistema de signos, conservando lo que fluye, trayendo a presencia lo que está ausente o anticipando lo que habrá de acaecer en el futuro. Sujeto y objeto son resultados de la acción configuradora del lenguaje, y en este sentido es lícito afirmar que hay una génesis doble que afecta simultáneamente a cada uno de los términos de la correlación, génesis operada por el lenguaje y bañada, por así decirlo, en la corriente de una misma temporalidad, que no podría ser más que la humana.

Esta imbricación de sujeto, lenguaje y tiempo, ¿no autoriza a explorar la temporalidad del lenguaje sin olvidar la dimensión temporal del sujeto hablante? Y, a su vez, la lingüística, a través de las determinaciones que brinda a la vivencia del tiempo, ¿no podrá contribuir también a la aclaración de los problemas temporales del sujeto?

La búsqueda puede intentarse en cualquiera de los ejes del lenguaje: diacronía o sincronía, siendo obvia en el primero la dimensión temporal, y resultando menos clara su presencia en el segundo. Porque la pregunta que inquiere por la presencia del tiempo en la sincronía desemboca en un reducto que, por exigencias metodológicas, parecía excluido de toda contaminación temporal.¹⁷ Los signos, por de pronto, atesoran el tiempo en la medida en que detienen, por así decirlo, su fluencia irrestañable, fijan sus volubles matices y ponen a disposición del hablante un repertorio de estructuras que permiten pasar de la vivencia indeterminada de la temporalidad a representaciones precisas de los momentos y aspectos del tiempo. Tales signos ostentan significaciones susceptibles de ser comunicadas a otros a quienes facilitan una participación más fluida en la experiencia temporal, a la vez que exteriorizan la multiplicidad de sus matices, tal como se desprende, por ejemplo, del sistema de conjugación de los verbos. La lengua, que configura la experiencia espontánea del tiempo, contribuye a revelar su inaudita riqueza, que por falta de palabras se expondría a pasar inadvertida. El lenguaje apresa las estructuras de la temporalidad vivida, al recogerlas en signos de significación constante que están en condiciones de ser utilizados repetidamente en toda clase de discursos. A través de la diacronía las estructuras se conservan y se transmiten, lo que no excluye su transformación, índice de su naturaleza temporal, pero ¿podría atribuirse alguna forma de temporalidad a la sincronía?¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, pp. 21, 28-30.

¹⁸ *Ibid.*, p. 55.

Cabe entender la sincronía en sentido metodológico como un corte imaginario practicado en la continuidad del desarrollo temporal de la lengua y en tal carácter la simultaneidad de los elementos que constituyen la estructura de la lengua parece excluir al tiempo, pero nada impide concebir también la sincronía en sentido existencial y en este caso no deja de poseer una temporalidad propia en virtud del dinamismo que caracteriza a las estructuras. En el nivel de la sincronía tienen lugar los actos del lenguaje, en la medida en que el sujeto hablante se dispone a utilizar un sistema organizado de signos que aprovecha para depositar sus mensajes —tanto en el soliloquio como en la comunicación con el prójimo—. Una exploración metódica conducida en ese nivel habrá de permitir, a juicio de André Jacob, penetrar en los secretos de la temporalidad del lenguaje que, en este caso, brotan del dinamismo que es propio de las estructuras penetradas, por así decirlo, por un tiempo inmanente que no es otro que el requerido para el ejercicio de la actividad lingüística.

Los estudios de lingüística sincrónica no han de detenerse en el nivel de los signos y de su articulación recíproca para limitarse a describir estructuras ya establecidas, sino que han de poner al descubierto los mecanismos que han intervenido en su constitución. Por debajo de la «sincronía estática», ¿no se ocultará una «sincronía operativa», dinamismo siempre presente en el sujeto hablante?¹⁹ Si así fuera, aun a riesgo de comprometer la autonomía de la ciencia del lenguaje con el deslizamiento al terreno movedizo del sujeto humano, sería posible trasponer el nivel de lo intemporal —en rigor más aparente que efectivo porque resulta de una prescripción metodológica y no de la observación imparcial de hechos empíricos en la esfera cerrada del lenguaje— y asistir al descubrimiento del pasaje de lo virtual a lo real, que si es de índole temporal y que revela la actividad del sujeto hablante en trance de actualizar las posibilidades que le ofrece el sistema de la lengua. Las relaciones entre tiempo y lenguaje se tornan patentes en este juego. Y de esta manera el tránsito del «lenguaje del tiempo» —tal como lo registra el repertorio de expresiones destinadas a fijar sus momentos y aspectos— al «tiempo de lenguaje» se realiza a través del puente de la sincronía operativa. Y desde que la consideración dinámica se adelanta al punto de vista puramente estático, resulta primordial atender a la génesis de las actividades lingüísticas.

Sin renunciar a la interpretación estructuralista, André Jacob se esfuerza por superar sus limitaciones apelando al reconocimiento de una actividad organizadora inherente a la lengua misma, lo que le permite asociar génesis y estructura, pero no olvida integrar ambos factores con el sujeto hablante. La sincronía operativa no excluye una actividad constitutiva al servicio de un equilibrio que no impide, sino más bien favorece, la determinación de un itinerario prescrito al movimiento de la lengua.

No se puede ocultar que los sistemas lingüísticos —que desde el punto de vista de su intervención en la construcción de la realidad en

¹⁹ *Ibid.*, pp. 83-86, 95-96, 116-118.

cuadros científicos, desempeñan la función transcendental que Kant atribuía a intuiciones y categorías destinadas a ordenar el material sensible del conocimiento— son el resultado de una génesis. Esto no obliga a interpretar el proceso en términos de un empirismo destinado a sucumbir ante el asedio de cualquier contingencia, porque los métodos genético y transcendental pueden asociarse. Prueba de ello es que el a priori desempeña su función configuradora a partir del momento en que el sistema lingüístico se ha constituido, y permite organizar científicamente aquella experiencia que ha acompañado o quizá promovido sus humildes orígenes.

La indagación de la temporalidad invita, por lo tanto, a no descuidar la correlación entre el sistema de los signos, tal como lo exhibe la lingüística estructural, y los actos del sujeto hablante que depositan en ellos sus intenciones significativas. Por debajo del signo ha de vislumbrarse el acto. Esta correlación sugiere que la ciencia del lenguaje no ha de prescindir del auxilio de la fenomenología transcendental, que se vuelve hacia la explicitación del sentido de los fenómenos accesibles a la intuición y susceptibles de ser descritos con el auxilio de los términos que brinda la lengua. La averiguación del nexo entre tiempo y lenguaje, así como la forma específica de temporalidad que corresponde a este dominio, no puede confinarse en el ámbito de la diacronía ni entregarse confiadamente al cuidado de métodos puramente descriptivos: exige un examen atento de la temporalidad de la sincronía, entendida en sentido existencial, lo que invita a examinar la correlación entre signo y acto, y hacerlo con el auxilio de la distinción entre sincronía estática y sincronía operativa, sin subestimar el auxilio del método fenomenológico.

Habría que evitar también la recaída en la concepción del tiempo como forma vacía que acoge con igual indiferencia contenidos cualesquiera. El tiempo no se ofrece directamente a la mirada del investigador con los rasgos de una entidad subsistente por sí misma, lo que obliga a buscarlo en algo distinto —procesos físicos, biológicos, psíquicos, acontecimientos históricos, etc.—. En el lenguaje, que es un fenómeno cultural y humano, no puede dejar de manifestarse alguna forma específica de temporalidad. Y hacia ella se dirige la atención del filósofo.

El lenguaje, al fijar en sus signos los momentos y los aspectos temporales de los procesos, a la vez que los ordena y los clasifica, permite reconocer la movilidad —sea rasgo del tiempo o de las actividades que al desplegarse lo engendran, sin que sea forzoso decidirse ahora por uno de los términos de esta alternativa— por el hecho que facilita la estructuración del devenir desde un doble punto de vista: «centro de referencia» y «poder de orientación». Es propio del lenguaje representar lo que está ausente —hundido en el pasado o presentido en un futuro más o menos lejano— ya que no nos impide alejarnos del presente para instalarnos idealmente en otros momentos del tiempo e incluso reconocer su evanescencia dentro de los límites desplazables de cualquier ahora.

En ocasión de exponer la operatividad lingüística, para lo cual es indispensable apoyarse en la actividad que despliega el sujeto en su relación significativa con el mundo que lo envuelve y del que forma parte, se advierte que el discurso que se desarrolla en el tiempo aprovecha sistemas de signos ya constituidos y a disposición del hablante, y que el tiempo de la operación permite, en alguna medida, evaluar el tiempo del sistema que la hace posible. No sería impropio hablar de una «cronología ideal», inherente al sistema de signos a disposición del posible usuario, y de una «cronología real», que corresponde al movimiento efectivo realizado por el hablante. De más está señalar que la organización de los elementos que integran el sistema de la lengua recibe diversas formas de sucesividad a medida que cada usuario se vale de ellos para expresarse. Cada reestructuración que el discurso impone a los elementos del sistema abre, por así decirlo, un nuevo campo temporal. Las dos cronologías, la ideal y la real, pueden coincidir o disociarse; en el segundo caso la primera adopta las formas de sucesividad que le impone la realidad y, por supuesto, se despliega en el tiempo de la operación lingüística efectiva. El tiempo, a través de la expresión lingüística, se inserta en la sincronía, tal como de hecho existe como entidad empírica que, desde el punto de vista histórico, se desplaza a lo largo del eje de la diacronía. La sincronía no es intemporal, como parece sugerirlo la actitud metodológica que lleva a poner atención en ella, ni instantánea; consiste en una sucesividad porque, aunque todos sus elementos estén dados antes del uso que el sujeto haga de ellos, el carácter relacional de los mismos sólo puede tener lugar en un ámbito temporal que no puede proceder más que del sujeto, es decir, del hombre que emplea el lenguaje.

El signo, que establece la comunicación entre los interlocutores, alberga un significado, una referencia a algo distinto con el cual no se confunde ni coincide temporalmente, y por lo tanto la imagen sonora o el fenómeno gráfico son inseparables de la organización dinámica del pensamiento, y todavía más, puede alegarse que la morfología de la frase impone su movimiento al pensamiento, lo que no puede admitir que ambas participen de la misma temporalidad.

La orientación que corresponde al esfuerzo de André Jacob²⁰ para determinar el nexo entre tiempo y lenguaje podría calificarse de dialéctica. Término que el autor no rechaza, y que le permite combinar, sin anulación de los opuestos, las dos perspectivas —descriptiva y genética o, también, genética y transcendental—. Después de apuntar preliminarmente (1) el tiempo del discurso, (2) las maneras de expresar el tiempo con los recursos de la lengua —verbos y adverbios—, (3) el tiempo que corresponde a la historia de la lengua, se esfuerza por alcanzar (4) el estrato originario del que brotarían las anteriores distinciones, pero no se le oculta el carácter relativo del momento originario. Lejos de ser un comienzo absoluto, aquél es ya el momento originario de una historia que es tributaria de sujetos del mundo de esta

²⁰ *Ibid.*, pp. 339-340. En libro de reciente publicación en francés, el mismo punto de vista: ANDRÉ JACOB, *Introduction à la philosophie du langage* (Paris: Gallimard, 1976).

iniciativa. Los materiales de la experiencia se configuran lingüísticamente cada vez con más precisión y complejidad a medida que la lengua se enriquece y organiza mejor su sistema de elementos y relaciones, y en tal carácter el factor trascendental no es independiente del proceso genético.

El tiempo de la construcción lingüística, que subyace a la génesis de la diacronía, y el tiempo de la operación lingüística, que no puede estar ausente de la sincronía operativa, serían factores esenciales. Construcción y operación, como aspectos del dinamismo interno del sujeto, coadyuvan en la génesis del tiempo del discurso y elaboran, entre otras formaciones, la expresión del tiempo con ayuda de los recursos que brinda la lengua. El tiempo humano se constituye gracias al lenguaje y simultáneamente el lenguaje recibe de aquél su temporalidad.

A la exposición precedente pueden añadirse algunas reflexiones. El vínculo entre el lenguaje y el tiempo, que algunos subestiman o disocian, supone una concepción del tiempo que implica, a la vez, conservación y sucesión, es decir, esfuerzo por contener la fuga del devenir y exterioridad recíproca de los momentos. Semejante interpretación, útil en la vida práctica, suscita dificultades en el campo de la pura teoría.

Si es lícito atribuir al lenguaje una influencia en la configuración del tiempo humano, resultaría temerario reservarle un papel dominante: ¿cómo negar, por ejemplo, la influencia del trabajo y, en general, de todas las actividades prácticas que suponen un decurso temporal organizado, condición sin la cual se compromete su eficacia?²¹ El hombre no avanza a ciegas hacia el futuro; la meta, fijada en cada caso de antemano, anticipa el itinerario a seguir y una metodología apropiada prescribe el orden de los pasos que conducen a aquélla. Esto implica, sin duda, una representación del tiempo, desplegado, si fuera lícito la comparación, ante los ojos del sujeto comprometido en la realización de su actividad. ¿No equivale esto a espacializar el tiempo desvirtuando, tal vez, su índole más genuina? Esta reserva no atenúa la importancia del lenguaje: la lengua resiste el flujo de los fenómenos, conserva el pasado pero también se abre al futuro, facilita la comunicación en el medio social y permite una representación del mundo exterior susceptible de interiorizarse en conocimiento. Pero estas funciones, que nadie podría arrebatárselas, otorgan coherencia al mundo percibido y a la conducta del hombre, con lo cual contribuye a consolidar la personalidad de cada individuo.

Sería imprudente, sin embargo, asimilar el tiempo del lenguaje a los tiempos anímico, social, biológico o cósmico y, sobre todo, recaer en la concepción vulgar que unifica todas las temporalidades, sea cual fuere el estrato óntico en que se manifiestan, y las reduce a una serie

²¹ ANDRÉ JACOB, «Temps et langue», en JEANNE HERSCH & RENÉ POIRIER, *Entretiens sur le temps* (Paris-La Haya, Mouton, 1967), pp. 334-341.

horizontal de momentos, unilineal, abierta por ambos extremos y cuyas partes son recíprocamente exteriores y pertenecen al mismo medio homogéneo en constante fluencia.

7. ¿Realidad o irrealidad del tiempo?

Entre las maneras de referirse al tiempo se registran expresiones lingüísticas que delatan la existencia de graves problemas filosóficos: la metáfora del río, utilizada comúnmente para ilustrar el flujo que se atribuye al tiempo, suscita equívocos que ha sido menester disipar; los razonamientos acerca de las propiedades y relaciones que aparecen con ocasión de la descripción del tiempo mismo están viciados por contradicciones que invalidan sus conclusiones y que desembocan en la oposición de las tesis de la realidad e irrealidad del tiempo; finalmente las expresiones vinculadas a la experiencia de la temporalidad en los dominios del sujeto y del objeto opone a los partidarios de la subjetividad y de la objetividad del devenir.

Aunque se haya negado que el fluir es atributo del tiempo²² y no faltan buenas razones para convalidar esa negación —como lo ilustran los pormenorizados análisis de Nicolai Hartmann y de Maurice Merleau-Ponty²³, la creencia popular más extendida, que algunos filósofos no dejan de compartir pese al ejercicio de la crítica que es connatural a esta ciencia, pone especial énfasis en este rasgo. Con mayor derecho podría ser adjudicado a los fenómenos a cuya transformación no podemos dejar de asistir, aparte de que nos afecta en lo íntimo de nuestras vidas: ¿qué otra cosa es envejecer? El fluir (del tiempo o de la realidad) ha sido apreciado de dos maneras: por un lado, positivamente, como la posibilidad de abrir las puertas del futuro asegurando el advenimiento de toda creación, la aparición de las novedades más inesperadas en cualquier sector de la experiencia; la misma existencia humana estaría afectada de insufrible monotonía si no acontecieran cambios que alimentan esperanzas y consolidan el afán de perseverar en la vida.

Pero, por otro lado, este rasgo no puede disimular su faz negativa: el cambio deteriora, marchita, destruye, mata, aniquila. ¿Cómo re-

²² A. N. PRIOR, *Papers on Time and Tense* (Oxford, Clarendon Press, 1968), pp. 1-14. MAX BLACK, *Models and Metaphors* (Ithaca, N. Y., Cornell Univ. Press, 1962), pp. 182-193. MORRIS LAZEROWITZ, «Time and temporal Terminology», en *Philosophy and Illusion* (London, Allen & Unwin, 1968), pp. 147-148. DONALD C. WILLIAMS, «The Myth of Passage», en R. M. GALE (comp), *The Philosophy of Time* (London - Melbourne, Macmillan, 1968), pp. 98-116. NICOLAI HARTMANN, *Le désir et le temps* (Paris, PUF, 1971), pp. 238-244. DAVID PARR, «The Myth of the Passage of Time», en J. T. FRASER et al., *The Study of Time* (Berlin - Heidelberg - New York, Springer, 1972), I, pp. 110-121.

²³ NICOLAI HARTMANN, *Philosophie der Natur* (Berlin, Walter de Gruyter, 1950), pp. 176-177, 182-185, 185-188. MAURICE MERLEAU-PONTY, *Phénoménologie de la perception* (Paris, Gallimard, 1945), pp. 469-495.

sistir a la erosión del tiempo? La memoria y el hábito conservan el pasado, una en forma de imágenes y otro en forma de movimientos, pero su persistencia en el mejor de los casos no logra exceder el límite temporal de una vida individual. El lenguaje cumple una función conservadora en más de un sentido: organiza la experiencia en cuadros estables imponiendo un complejo de significaciones al caos de impresiones sensibles, se sobrepone a la fugacidad y muestra la repetición de estructuras constantes a lo largo del devenir y, gracias a ello, contribuye a establecer la solidaridad del pasado con el presente. En este sentido, la lengua es un instrumento estabilizador en medio del flujo de los fenómenos del mundo exterior y de las transformaciones internas que afectan al sujeto. Por su función significativa consolida los nexos que unen al individuo con el mundo exterior. Hay que estar en guardia permanente contra las acechanzas del lenguaje que proyecta sobre los procesos temporales la rigidez de las imágenes que sirven para representarlos. La imagen del río, que correspondería al fluir de los fenómenos, no ha de entenderse literalmente como una característica del tiempo mismo, y sólo una precaución de esta índole puede preservar la recaída en torpes incomprensiones que atribuyen al tiempo rasgos de los procesos.

¿Podrá el análisis del lenguaje dirimir la controversia que opone las tesis de la realidad y de la irrealidad del tiempo? De más está señalar que una y otra se formulan con auxilio de las expresiones que suministra la lengua corriente y que se impone, por lo tanto, la necesidad de examinar sus pretensiones de validez a la luz de un riguroso cotejo con el auxilio de los medios que ofrece la lógica formal. No otro parece ser el que se inspira en el análisis, conducido con espíritu crítico en el plano del lenguaje, de la conocida tesis de McTaggart relativa a la irrealidad del tiempo²⁴. Son varios los filósofos, especialmente en el área anglonorteamericana, que han supeditado la descalificación de la tesis de la irrealidad del tiempo al estudio de la temporalidad expresada con auxilio del lenguaje. Particular interés tiene el estudio que Richard M. Gale ha consagrado al examen de la paradoja de McTaggart a propósito de la cual estudia propiedades y relaciones atribuidas al tiempo, la asimetría lógica entre pasado y futuro para rematar en la discusión relativa a la objetividad del devenir temporal, y todo ello conducido por el afán de clarificar algunos rasgos importantes atribuidos al concepto ordinario de tiempo.²⁵

En la base de la argumentación de McTaggart se hallaba la afirmación de que la realidad es incompatible con la contradicción y que

²⁴ J. E. MCTAGGART, «The Unreality of Time», *Mind* N. S., XVII (1908), Nº 68, pp. 457-474; «On ontological Idealism», en J. H. MUIRHEAD (comp.), *Contemporary British Philosophy* (London, Allen & Unwin, 1924), I, pp. 251-269; «Time», en R. M. GALE (comp.), *The Philosophy of Time* (London-Melbourne, Macmillan, 1968), pp. 86-97. Cfr. además PAUL MARHENKE, «McTaggart's Analysis of Time», en G. P. ADAMS, et al., *The Problem of Time* (Berkeley, California, Univ. of Calif. Press, 1935), pp. 151-173.

²⁵ RICHARD M. GALE, *The Language of Time* (London, Routledge & Kegan Paul, 1968).

la presencia de ésta anula la supuesta realidad mentada en términos de la lengua y la trueca en su contrario: de ahí la tesis de la irrealidad del tiempo, que su autor asentaba sobre un razonamiento susceptible de descomponerse en dos afirmaciones cada una de las cuales mienta un aspecto del tiempo, tal como es conocido en la experiencia cotidiana, pero cuya síntesis engendra una contradicción.

El tiempo de la vida ordinaria suele concebirse de dos maneras —dinámica y estática—, que no es lícito confundir ya que una se refiere a determinaciones (o cualidades) y la otra a relaciones (u orden). Unas veces se pone énfasis en la fluencia, la movilidad, la transición, la evanescencia de los momentos que se designan con los nombres de pasado, presente y futuro. Aunque exteriores unos con respecto a otros no están separados: el futuro se comunica con el pasado a través de un delgado y permeable presente. Otras veces el énfasis recae en la estructura, es decir, en el orden estático que antepone un evento a otro y conserva entre ambos el mismo invariable intervalo. Tal orden ofrece una fisonomía atemporal, puede concebirse al margen de todo movimiento y, en algunos casos, corresponde también a entidades ajenas al tiempo como, por ejemplo, la serie de los números enteros.

A tono con esta dicotomía, McTaggart imaginaba dos series: la serie B ofrece una colección de eventos dispuestos linealmente a intervalos susceptibles de ser conocidos (y, acaso, en más de una ocasión, evaluados cuantitativamente), y que autorizarían a hablar de antecedente y subsecuente. Es la manera estática de concebir la temporalidad: en ella no se da todo a la vez, sino que se dispone en un orden que señala la ubicación topológica de cada evento; pertenece al género de las relaciones y su estudio concierne a la lógica. La serie A, por el contrario, ilustra la temporalidad dinámica al mostrar que el mismo hecho resulta afectado sucesivamente por las determinaciones distintas del pasado, el presente y el futuro. La serie es cambiante: fluye del pasado al futuro pasando a través del presente, aunque no se descarta un sentido opuesto, el que va del futuro al pasado.

El concepto de tiempo requiere una condición necesaria y una condición suficiente. Necesaria es la estructura, el orden que prescribe la exterioridad de los momentos a la vez que la precedencia de unos y la subsecuencia de otros, el antes y el después nunca superpuestos ni confundidos. A esa primera condición, que se encuentra también en hechos que no son necesariamente temporales, se agrega otra, la condición suficiente: el cambio, el constante deslizarse, el tránsito del futuro al presente y de éste al pasado, la fluencia, signo de la inquietud que la representación popular asocia al tiempo. McTaggart insistía en la incompatibilidad de estas dos concepciones opuestas, que son también dos maneras de hablar o de referirse al tiempo por medios verbales.

Al analizar el punto crucial de la objeción de McTaggart, referente a la no compatibilidad de las dos series que permitiría fundar la tesis de la irrealidad del tiempo, Richard M. Gale opina que «la

lógica del discurso temporal ordinario impone que las expresiones atemporales dependan lógicamente de las expresiones temporales e igualmente que los conceptos fundamentales empleados al referirse al mundo envuelvan conceptos temporales.»²⁶ No se apoya en la experiencia del tiempo, tal como podría ofrecerla la psicología o la fenomenología, sino que parte del examen de las expresiones, es decir, de las maneras como el lenguaje se refiere al tiempo y como se establece la conexión entre las maneras (temporal y atemporal) de hablar.

Las dificultades que surgen de la paradoja de McTaggart y de los esfuerzos por resolverla afectan al lenguaje en la medida en que muestran una alternativa: ¿han de usarse términos temporales que corresponden a relaciones o a propiedades? No pueden ignorarse las consecuencias que derivan para la lógica del lenguaje, que en un caso obligan a valerse del cálculo de relaciones y en el otro invitan a utilizar el cálculo de funciones proposicionales.

Al presentar tres tipos de respuestas, Richard M. Gale ha señalado las diferencias que las separan y el lenguaje que obligan a preferir. Las dos primeras invitan a practicar una reducción lingüística: se trata de expresar el contenido de una serie en el vocabulario de la otra, de lo cual resulta que las determinaciones temporales pueden expresarse en términos de relaciones o las relaciones en términos de propiedades, sin ignorar, por supuesto, la variante que se introduce en la lógica de los respectivos discursos.

Así, si se opta por reducir la serie A a la serie B resulta que todas las propiedades temporales pueden analizarse en términos de relaciones, que el devenir es meramente psicológico, que la serie que se ha privilegiado es objetiva, con lo cual se afirma implícitamente que todos sus eventos son reales, y que el cambio puede ser expuesto en términos de relaciones entre los estados cualitativamente diferentes de una entidad singular. Se ha operado una doble reducción —lingüística y psicológica— con consecuencias para el uso del lenguaje.

Si, por el contrario, se prefiere seguir el procedimiento inverso, la serie B es reductible a la serie A y las relaciones han de analizarse con auxilio de términos de propiedades; el devenir deja de ser privilegio de lo psíquico y se convierte en cualidad intrínseca de todo tipo de entidades; se admiten diferencias ontológicas entre el pasado y el futuro; y el cambio requiere la serie A. La reducción lingüística ha permitido apresar aspectos desatendidos en la perspectiva anterior.

Queda, empero una tercera posibilidad: la que admite que cualquiera de las dos series es idónea por sí sola para dar cuenta del tiempo y del cambio, a condición de no mezclar a una con otra. La consecuencia lingüística es clara: los modos de hablar —temporal y atemporal— son igualmente legítimos y utilizables. Todo lo que puede decirse en un lenguaje que solo consta de enunciados en que fi-

guran propiedades puede decirse con igual pertinencia en otro que solo está constituido por enunciados en que aparecen relaciones y viceversa.²⁷

Las razones para preferir un lenguaje a otro derivan de propósitos muy distintos: así, por ejemplo, se ha señalado la ventaja de utilizar expresiones atemporales atendiendo al hecho de que los enunciados científicos no son verdaderos o falsos con relación al tiempo en que han sido formulados, sino que aspiran a valer más allá de sus límites. La ciencia invitaría a eliminar las expresiones temporales desde que sus enunciados son susceptibles de repetirse en muchas ocasiones. Un mismo enunciado puede referirse indistintamente a eventos acaecidos en el pasado o que ocurren en el presente o que podrán suceder en el futuro cuando concurren parecidas circunstancias a las que han producido los hechos del pasado o están generando los del presente.

McTaggart, que aplicaba el ideal de los modos atemporales de hablar al modo temporal, encontraba contradicción en la serie A porque cada uno de sus eventos admite tres determinaciones que se excluyen (pasado, presente y futuro). ¿Es cierto, por otra parte, que los enunciados temporales obedecen al mismo comportamiento lógico que los enunciados atemporales? Sólo en el caso de que fuera así se habría incurrido en contradicción, según Findlay²⁸.

El problema reaparece a propósito de la espacialización del tiempo que, según Smart, puede realizarse de dos maneras: objetificable cuando los sucesos temporales se conciben como si se tratase de entidades que coexisten en el espacio y que duran en un metatiempo. En la manera inobjetificable, el tiempo se concibe como cuarta dimensión del espacio, y en tal caso no aparece la referencia al cambio o al tiempo. Al representar espacialmente al tiempo como un tejido de relaciones huelgan los conceptos de constancia o de cambio, para los que se requerirían un meta-tiempo²⁹.

A primera vista la argumentación de McTaggart parece simple y su refutación sencilla, pero un examen atento revela una complejidad insospechada. Se arguye que la serie B, constituida por la relación 'antes-después', implica la serie A que consta de pasado, presente y futuro, y que sólo la reunión de ambas permite dar razón del tiempo.

²⁷ Las tres preferencias han tenido significativos representantes en la filosofía contemporánea. Richard M. Gale señala los siguientes nombres: teoría A: C. D. Broad, L. S. Stebbing, John Wisdom, P. Marhenke, A. N. Prior, D. Pears, W. Sellars, S. Hampshire, P. F. Strawson y J. N. Findlay; para la teoría B: B. Russell, R. B. Braithwaite, C. J. Ducasse, A. Grünbaum, A. J. Ayer, W. V. Quine, N. Goodman, D. C. Williams, J. J. C. Smart; para la tercera: J. N. Findlay y J. J. C. Smart. Cf. RICHARD M. GALE, *The Language of Time*, ya citado, págs. 16, 24, 31.

²⁸ J. N. FINDLAY, «Time: A Treatment of some Puzzles», en *Logic and Language*, ed. por A. Flew (Oxford, 1951), I, pp. 52-54.

²⁹ J. J. C. SMART, «The River of Time», en *Essays in Conceptual Analysis*, ed. por A. Flew (London, 1956), p. 223, también en «Spatializing Time», en *The Philosophy of Time*, ed. por R. N. Gale (New York, 1967), pp. 163-167.

²⁶ *Ibid.*, pp. 7-8.

Pero en el supuesto que los eventos pertenecientes a la serie A no sean el primero y el último de la historia, el que la inicia y el que la cierra, sino series cualesquiera entre ambos extremos, cada evento albergará las tres determinaciones (pasado, presente y futuro), lo cual es contradictorio porque se excluyen en virtud de su propia naturaleza. La contradicción sería el signo de la irrealidad del tiempo. Si, por el contrario, se arguyera que ningún evento tiene más de una determinación en el mismo momento, sino sucesivamente, lo cual parece contribuir a disolver la contradicción, McTaggart replicaría que cada evento es futuro en un momento del pasado, pasado en un momento del futuro, presente en un momento del presente. Al argumentar de esta manera incurrimos en un regreso al infinito, desde que trasladamos a una serie temporal de segundo orden las contradicciones de la primera serie, y nada impide proseguir con el mismo procedimiento a través de sucesivas series que, al superponerse, conducen a un nivel más alto la dificultad. ¿Cómo eliminar la contradicción, que devolvería al tiempo su realidad, sin caer en el regreso al infinito? Las tres soluciones bosquejadas anteriormente indican los posibles caminos de salida de la crisis.

El estudio de los distintos aspectos del discurso sobre el tiempo, con la mira puesta en el examen de sus particularidades lógicas, no se confina en el ámbito de la lingüística, sino que tiene proyecciones filosóficas insospechadas: de la reducción de las expresiones temporales a atemporales o viceversa o de la imposibilidad de operar reducciones semejantes se desprenden las tesis de la subjetividad u objetividad del devenir temporal. No son pocos los filósofos contemporáneos comprometidos en la defensa de cada una de estas tesis, y acaso la expresión más reciente sea la oposición que ilustran G. J. Whitrow al rechazar el carácter ilusorio del tiempo y decidirse por asignarle el de rasgo esencial del universo³⁰, y Adolf Grünbaum que sostiene que el devenir depende de la mente porque no es un atributo de los sucesos físicos, sino que requiere que acaezcan estados de saber conceptual³¹. Una cosa es afirmar que el devenir tiene realidad objetiva, y el ahora desde el que se discurre es único y el mismo para el universo en su totalidad y, a la vez, indica un cambio cualitativo entre el pasado concluido y la potencialidad del futuro, y otra, diametralmente opuesta, es sostener que el devenir es meramente subjetivo y depende del observador. No ha faltado quien, dispuesto a medir entre los extremos, rechazara la oposición y sostuviera que la discrepancia es sólo lingüística³².

³⁰ G. J. WHITROW, «Reflections on the Natural Philosophy of Time», *Interdisciplinary Perspectives of Time, Annals of the New York Academy of Sciences*, 1967, vol. 138, pp. 422-432.

³¹ ADOLF GRÜNBAUM, «The Status of Temporal Becoming», *Ibid.*, vol. 138, pp. 374-395, reproducido en R. M. GALE (comp.), *The Philosophy of Time*, ya citado, pp. 322-354.

³² EVA CASSIRER, «On the Reality of Becoming», en J. T. FRAZER et al., *The Study of Time*, ya citado, pp. 345-353.

Que la discrepancia es terminológica parecería mostrarlo el hecho de que la contradicción deriva de usos diferentes del término devenir. Mientras para Whitrow el devenir se refiere a procesos y mienta el ahora que es un miembro de una serie de instantes consecutivos en que el futuro, como conjunto de posibilidades no realizadas, se trueca en pasado, es decir, en suceso determinado, para Grünbaum el devenir tiene una connotación egocéntrica y es palabra subjetiva que se refiere a la experiencia personal. Para el primero la significación del devenir es ontológica, en tanto que para el segundo es gnoseológica. El análisis lingüístico habría contribuido a clarificar las divergencias.

El tiempo no es una entidad más o menos independiente susceptible de ser aprehendida en una experiencia privilegiada. La temporalidad aparece como rasgo inseparable de hechos y procesos en los contextos más diversos —cosmos, vida, conciencia, espíritu, existencia, historia— y no es impertinente asociar a la exploración que se realiza en esos campos los resultados que se ofrecen en el dominio del lenguaje. El tránsito del lenguaje del tiempo, registrado puntillosamente en las distintas lenguas con todos sus cortejos de anomalías, al tiempo del lenguaje no se ha revelado como un itinerario estéril y ha puesto de manifiesto matices no advertidos en los otros campos. No ha de desecharse, pues, esta nueva vía abierta para la exploración de los secretos que depara el tiempo.

INFORMACIONES

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS

En cumplimiento de los objetivos que inspiraron su creación —el estímulo de la investigación científica y el cultivo de la labor interdisciplinaria—, la *Academia Nacional de Ciencias*, a instancias de sus propios miembros, organizó el 24 de abril de 1974 un *Centro de Estudios Filosóficos*, destinado a congregar a intelectuales que cultivan las distintas ramas de la especialidad con el fin de debatir problemas comunes y trabajar en la búsqueda de soluciones destinadas a satisfacer los requerimientos de la época.

El nuevo Centro a) propenderá a desarrollar la investigación filosófica, mediante la realización sistemática de tareas, individuales y colectivas, dedicadas al esclarecimiento de problemas actuales o históricos; b) contribuirá al mejoramiento de la información, a la aplicación de técnicas modernas de investigación, al examen crítico de las orientaciones más recientes del pensamiento actual; c) analizará las cuestiones filosóficas con objetividad científica y al margen de todo compromiso partidario; d) intentará hacer la valoración de figuras del pasado filosófico, en especial argentino y latinoamericano; e) mantendrá, a través de las autoridades de la Academia Nacional de Ciencias, un intercambio con instituciones similares, oficiales o privadas, del país y del extranjero.

A partir del momento de su constitución el Centro organizó reuniones (públicas o privadas, según la índole de los temas), en que participaron, aparte de los miembros de la Academia, los integrantes de la joven institución y aquellas personas que se juzgó conveniente invitar, en razón de su vocación filosófica, su conocimiento especial de los temas o su experiencia en tareas de investigación o en la enseñanza especializada de la filosofía.

La dirección del Centro de Estudios Filosóficos ha sido confiada al doctor Eugenio Pucciarelli y la secretaría se halla a cargo del doctor Hugo E. Biagini. El grupo de investigadores está constituido por las siguientes personas: Prof. Edgardo L. Albizu, Prof. Carlos Francisco Bertelloni, Dr. Hugo E. Biagini, Lic. Daniel Brauer, Dr. Néstor L. Cordero, Dr. Juan Carlos D'Alessio, Prof. Jorge E. Dotti, Dr. Francisco García Bazán, Dr. Néstor García Canclini, Dr. Martín Laclau, Prof. Ernesto La Croce, Lic. Francisco Leonardo Lisi, Dr. Carlos A. Lungarzo, Prof. Guillermo A. Maci, Dr. Adolfo Murgia, Lic. Raúl A. Orayen, Lic. Carlos A. Orlandi, Lic. Ricardo Pochtar, Lic. Armando R. Poratti, Dr. Jorge Alfredo Roetti, Prof. José Sazbon, Dr. Roberto Juan Walton.

ESCRITOS DE FILOSOFIA

Los resultados de la labor de investigación realizada, individual o colectivamente, por los miembros del Centro de Estudios Filosóficos se publicarán en la revista semestral *Escritos de Filosofía*, que servirá de órgano para la difusión de las investigaciones que se emprendan.

La nueva publicación ha sido programada sobre la base de entregas monográficas, con el propósito de suministrar información actualizada y examen crítico de los principales problemas que inquietan al hombre de nuestro tiempo y que consienten en ser presentados en el plano de la filosofía. El primer número, correspondiente al semestre enero-junio de 1978, presenta quince estudios sobre el tema del *Lenguaje*. Le seguirán números consagrados a examinar los temas de la *Ideología*, el *Mito*, la *Técnica*, la *Razón*, la *Política*, la *Filosofía* (en su versión más reciente), el *Trabajo*, la *Violencia*, la *Justicia*, el *Tiempo*, etcétera.

El número 2, correspondiente al segundo semestre de 1978, recoge las siguientes colaboraciones: Eugenio Pucciarelli, *Ciencia e ideología*; Francisco Miró Quesada, *Los mecanismos de ideologización de las teorías*; Victor Massuh, *Filosofía y ciencias sociales: a propósito de la ideología de la liberación*; Delfín L. Garasa, *Ideología y literatura*; Renato Treves, *Ideologías políticas y generaciones*; Juan Carlos Agulla, *Análisis ideológico y sociología del conocimiento*; José Szabon, *Ideología como contenido e ideología como forma*; Hugo E. Biagini, *La ideología liberal*; Roberto Yañez Cortés, *La ideología precientífica en el contexto de descubrimiento de la epistemología*; Mario Justo López, *Ideología y derecho*; Rosa María Ravera, *Plástica e ideología*; Félix Luna, *Los conflictos ideológicos en la historia argentina*; Daniel Brauer, *Hermenéutica y crítica ideológica*.

La nueva revista tiene su redacción en la sede de la Academia Nacional de Ciencias, Junín 1278, C.P. 1113 Buenos Aires, Argentina, y toda correspondencia ha de ser dirigida a nombre de los Secretarios de Redacción, señores Hugo E. Biagini, Francisco García Bazán y Martín Laclau.

CENTRO PARA EL LEXICO INTELECTUAL EUROPEO

En la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Roma tuvo lugar, entre el 7 y el 9 de enero de 1974, el primer Coloquio organizado por el Centro para el léxico intelectual europeo. Entre los participantes se contaban colaboradores de las principales empresas lexicográficas de Europa occidental que expusieron sobre los fines y los métodos de los centros y equipos representados por ellos.

El presidente del Coloquio, profesor Eugenio Garin y el director del Centro profesor M. T. Gregory expusieron el programa de actividades a desarrollarse en tres planos: a) estudios monográficos sobre la historia de la terminología filosófica; b) preparación, en colaboración con la Academia de la Crusca y el C.N.U.C.E. de Pisa, de léxicos filosóficos de autores como Giordano Bruno y Galileo Galilei; c) preparación de un «Léxico filosófico de los siglos XVII y XVIII»; se trata de una obra multilingüe, que aprovechará las concordancias de que se dispone para los léxicos «individuales», lo mismo que los léxicos ya impresos (como, por ejemplo, el *Lexicon Spinozanum*). Se consultarán más de 250 obras, que pertenecen a dominios lingüísticos diferentes (latín, italiano, español, francés, inglés, alemán), que se extienden desde 1601 (*De la sagesse*, de Charron) hasta 1804 (año de la muerte de Kant).

Como parte de las tareas ya realizadas cabe señalar que se dispone de las concordancias de la *Aesthetica*, de Baumgarten (y de las obras de Bruno y de Galileo) y que se está en trance de terminar con el fichaje de los términos filosóficos de las obras de Vico.

XVI CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFIA

Entre el 27 de agosto y el 2 de setiembre de 1978 se realizará en la ciudad de Düsseldorf, República Federal de Alemania, las sesiones del XVI Congreso mundial de filosofía. El comité organizador está presidido por el doctor Alwin Diemer quien es asistido por el vicepresidente doctor Hans-Martin Sass y el secretario ejecutivo doctor Ulrike Hinke.

El tema general «La filosofía y las concepciones del mundo en las ciencias modernas», será desmenuado en ocho aspectos diferentes: 1. La idea del universo; 2. La biología moderna y su provocación filosófica; 3. Conciencia, cerebro y mundo exterior; 4. Razón científica y razón a-científica; 5. ¿Admiten las normas un fundamento científico?; 6. El dominio del progreso científico-técnico; 7. Éxito y límites de la matematización; 8. La controversia de los universales hoy.

VICO - VENEZIA

Organizado por la Fondazione Giorgio Cini, que preside en Venecia el Dr. Vittore Branca, y por el Institute for Vico Studies, que dirige en Nueva York el Dr. Giorgio Tagliacozzo, se realizará en Italia, en la ciudad de Venecia, un Simposio internacional para celebrar el 250º aniversario de la publicación de la *Autobiografía*, de Giambattista Vico. Tendrá lugar entre los días 22 y 25 de agosto de 1978.

A la sesión de apertura, a cargo del profesor Eugenio Garin, que se ocupará sobre «Vico y la herencia del pensamiento renacentista», seguirán las reuniones especializadas divididas en cuatro secciones: A) Vico y la filosofía, que contempla temas sobre Metafísica y epistemología, Metodología y teoría de las ciencias, Hombre y sociedad y Puntos de vista recientes sobre la interpretación del pensamiento vichiano. La sección B, destinada a examinar el tema «Vico y la historia del pensamiento», prevé los subtemas siguientes: Vico y el renacimiento, Vico y Hegel, Vico y el marxismo, Vico y el historicismo. La sección C, que habrá de considerar los temas de lenguaje y sociedad, dedicará atención a los problemas de hermenéutica y metodología de las ciencias humanas, lo mismo que jurisprudencia, sociología y ciencia de la política, así como los problemas de la sociedad tecnológica. La última sección, D, habrá de examinar los vínculos de Venecia con el pensamiento de Vico.

El número de participantes inscriptos es considerable, así como el de las ponencias enviadas, lo cual asegura el éxito de la proyectada reunión.

III ENCUESTRO ECUATORIANO DE FILOSOFIA

Desde el 19 al 24 de junio de 1978 tendrá lugar en Quito (Ecuador) el Tercer Encuentro ecuatoriano de filosofía, organizado por el Departamento de Filosofía de la Facultad de Ciencias humanas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Cuenta con la colaboración de las Universidades de Cuenca, Loja y Guayaquil, y el comité organizador está presidido por el doctor Julio Terán Dutari, S. J., siendo coordinador el profesor Dr. Pío Pineda de la Universidad de Quito.

El programa abarca los siguientes temas: 1. Lógica y filosofía de las ciencias; 2. Filosofía y ciencias humanas; 3. Pensamiento cristiano; 4. La cultura y el pensamiento en América latina; 5. Filosofía y realidad histórica.

RODOLFO MONDOLFO (1877-1976)

El 15 de julio de 1976, próximo a cumplir noventa y nueve años, se extinguió en Buenos Aires la vida del ilustre filósofo italiano Rodolfo Mondolfo. Lúcido y alerta hasta el último minuto desapareció rodeado del afecto de discípulos y amigos que había conquistado en más de treinta y siete años de permanencia en la Argentina. En ese dilatado lapso desempeñó tareas docentes como profesor regular de Filosofía antigua en las Universidades de Córdoba, primero, y, finalmente, de Tucumán; también dictó cursillos y conferencias en otros centros universitarios como Buenos Aires, La Plata y Mendoza, aparte de una nutrida labor en tribunas de conferencias de distintas ciudades del país. Su producción bibliográfica supera los 450 títulos y entre los más importantes, por la difusión y la influencia que han alcanzado en lengua española, cabe recordar: *Problemas y métodos de la investigación en historia de la filosofía* (1949), *El genio helénico y los caracteres de sus creaciones espirituales* (1943), *El pensamiento antiguo* (1942), *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica* (1952), *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua* (1955), *Heráclito* (1966), *Sócrates* (1959), *Moralistas griegos* (1941). Había prestado atención igualmente al pensamiento moderno y a las corrientes ideológicas que inspiran la acción política de nuestra época: *Espíritu revolucionario y conciencia histórica* (1955), *Marx y marxismo* (1960), *El humanismo de Marx* (1964). Para despedir sus restos en el acto del sepelio la Academia Nacional de Ciencias, que se honra en contarlo como Miembro correspondiente, designó al doctor Eugenio Pucciarelli. En el mismo acto habló en nombre de los amigos el señor Héctor A. Alberti, quien exaltó la condición del maestro que había sido plenamente hombre.

ÍNDICE

LENGUAJE

Presentación	5
JOSÉ SAZBON, <i>Lenguaje y escritura</i>	7
FRANCISCO GARCÍA BAZÁN, <i>El lenguaje de la mística</i>	17
FLORENCIO GONZÁLEZ ASENJO, <i>El lenguaje de la ciencia</i>	29
FRANCISCO MIRÓ QUESADA, <i>El lenguaje de la política</i>	37
RICARDO POCHTAR, <i>Sobre el aspecto creativo del uso del lenguaje</i>	43
HÉCTOR E. CROCCHINI, <i>La segunda mediación del poema</i>	53
ROBERTO J. WALTON, <i>La dimensión esencial del lenguaje según Heidegger</i>	63
EDGARDO ALBIZU, <i>El lenguaje en la hermenéutica filosófica de Gadamer</i>	79
NÉSTOR GARCÍA CANCLINI, <i>Lingüística y psicoanálisis en la filosofía de Ricoeur</i>	103
JORGE ALFREDO ROETTI, <i>Lenguaje natural y lógica</i>	113
NÉSTOR LUIS CORDERO, <i>Lenguaje, realidad y comunicación en Gorgias</i>	135
ROSA MARÍA RAVERA, <i>El arte como lenguaje</i>	143
GEROLD STAHL, <i>La ambigüedad de los indicadores</i>	157
JUAN CARLOS D'ALESSIO, <i>Lenguaje y ontología en la falacia naturalista de G. E. Moore</i>	161
EUGENIO PUCCIARELLI, <i>Tiempo y lenguaje</i>	165

INFORMACIONES

Centro de Estudios filosóficos, Escritos de filosofía, Centro para el Léxico intelectual europeo, XVI Congreso internacional de filosofía, Vico - Venezia, III Encuentro ecuatoriano de filosofía, Rodolfo Mondolfo	191
---	-----

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
DE BUENOS AIRES

MESA DIRECTIVA,

Presidente: Ing. Dr. MANUEL F. CASTELLO
Vicepresidente (en ejercicio): Dr. EGIDIO S. MAZZEI
Secretario: Dr. PEDRO A. MAISSA
Prosecretario (en ejercicio): Dr. ALFREDO J. BANDONI
Tesorero: Cont. (RE) Ing. EDMUNDO MANERA
Secretario técnico: Sr. ALEJANDRO CASTAGNINO

INSTITUTOS

INSTITUTO DE HISTORIA DE LAS CIENCIAS

Director: Dr. Egidio S. Mazzei
Secretario general: Dr. Alfredo J. Bandoni

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS

Director: Dr. Eugenio Pucciarelli
Secretario: Dr. Hugo E. Biagini

Investigadores: Prof. Edgardo L. Albizu, Prof. Carlos Francisco Bertelloni, Dr. Hugo E. Biagini, Lic. Daniel Brauer, Dr. Néstor Luis Cordero, Dr. Juan Carlos D'Alessio, Prof. Jorge E. Dotti, Dr. Francisco García Bazán, Dr. Néstor García Canclini, Dr. Martín Laclau, Prof. Ernesto La Croce, Lic. Francisco Leonardo Lisi, Dr. Carlos A. Lungarzo, Prof. Guillermo A. Maci, Dr. Adolfo Murguía, Lic. Raúl A. Orayen, Lic. Carlos A. Orlandi, Lic. Ricardo Pochtar, Lic. Armando R. Poratti, Dr. Jorge Alfredo Roetti, Prof. José Szabon, Dr. Roberto Juan Walton.